

BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

de

LA LLAVE 77

RALPH BARBY



La tertulia en Pimplico se había prolongado hasta altas horas de la madrugada. Los artistas e intelectuales solían reunirse en aquel barrio londinense.

Siempre aparecía algún varón del grupo voceando que había descubierto a tal o cual modelo nueva que posaba por un precio módico, claro que en la mayoría de las ocasiones, aquellas sesiones de pose no eran otra cosa que puras reuniones obscenas. Los dos tercios de asistentes no eran pintores si no admiradores de la modelo, pero, de todos modos, quien quería sacar partido lo sacaba pintando, y quien deseaba divertirse, lo conseguía a su vez.



Ralph Barby

La llave 77

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1226

ePub r1.0

Titivillus 06-12-2019

Título original: *La llave 77*
Ralph Barby, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La tertulia en Pimlico se había prolongado hasta altas horas de la madrugada. Los artistas e intelectuales solían reunirse en aquel barrio londinense.

Siempre aparecía algún varón del grupo voceando que había descubierto a tal o cual modelo nueva que posaba por un precio módico, claro que en la mayoría de las ocasiones, aquellas sesiones de pose no eran otra cosa que puras reuniones obscenas. Los dos tercios de asistentes no eran pintores si no admiradores de la modelo, pero, de todos modos, quien quería sacar partido lo sacaba pintando, y quien deseaba divertirse, lo conseguía a su vez.

A Victoria le fastidiaban algunas cosas del mundillo artístico de Londres y había pensado en varias ocasiones abandonar la ciudad para marchar a París, pero le habían dicho que aquello estaba aún peor, que allí los pintores callejeros eran más actores que pintores. Tenían su utilitario aparcado a cuatro o cinco manzanas y, dentro de él, se ponían sus grandes pelucas, su ropa sucia, se pintaban ojeras y de la baca del coche sacaban cuadros que era difícil adivinar lo que era.

Pintados a toda prisa dentro de un estudio, importaba poco lo que se plasmara en él. Sólo se trataba de venderles algo a los turistas. La competencia entre ellos era rabiosa, y luego se les veía por la autopista de Marsella como a cualquier burguesito más.

Victoria no pensaba en vender, sólo en pintar.

Pensó marchar a Grecia. Italia ya la conocía, pero no le atraía regresar a ella, el ambiente estaba demasiado sofisticado dentro de los artistas.

Le vino a la cabeza un anuncio: «*Spain is different*». ¿Sería un buen país para pintar? Sí, seguro que sí, tendría tanto sol como Italia. Le habían hablado mucho de España, pero en aquellos momentos le dolía la cabeza.

Se hallaba en la cama con el cuerpo mitad boca abajo, mitad de costado, y agarraba con manos y brazos la almohada, como si temiera que se le fuera a escapar. Quizá la sujetaba como a veces

había hecho con Dean Norton.

Norton era un tipo muy especial, un americano residente en Londres. Alto, delgado, de acusadas facciones. Le había pedido en muchas ocasiones que posara para ella, pero él se había negado, sonriendo.

—¿Y por qué no? Soy una pintora, no hay maldad en mis ojos —le repitió una y otra vez.

Norton tenía una sonrisa que Victoria había tratado infinidad de veces de plasmar en sus lienzos, a solas, sin que él estuviera presente, mas nunca lo había conseguido.

Su sonrisa era una mezcla de ironía, escepticismo, ingenuidad y frialdad, algo muy raro, un cocktail explosivo para los ojos de una mujer como ella.

—¿Eres tú, Alice?

Alice era una chica pelirroja, alta y esbelta, que compartía con ella aquella buhardilla que algunos calificaban de diabólicamente sugestiva.

Ambas, de común acuerdo, habían evitado que se convirtiera en una mujer *bed-sitting-room* de las que tanto proliferaban.

Alice era modelo de alta costura. Se habían conocido en unos grandes almacenes de Belgravia donde Victoria estaba exponiendo unos lienzos y Alice pasaba modelos de un modisto de importancia, un modisto de la

hig-life

londinense.

Se hicieron amigas en la cafetería. Sus gustos coincidían y juntando el dinero, ambas habían podido alquilar aquella buhardilla en la que recibían el sol de Londres cuando lo había.

Era grande, espaciosa. La habían decorado ellas mismas confortablemente, sin barroquismos, y comprando algunas antiguallas en Portobello, que no distaba más de tres manzanas de donde se ubicaba la buhardilla.

Alice no le contestó.

Victoria tenía una ligera resaca, recordaba haber bebido algo, quizá un par de copas de más en la tertulia.

El gran ventanal inclinado tenía unas cortinas dobles, espesísimas y muy bien ajustadas que lo cerraban por completo, pues tanto Alice como ella estaban de acuerdo en que algunas mañanas era

conveniente dormir unas horas de más si se había mariposeado durante la noche, y no era lo más apropiado que el sol les despegase los ojos.

De pronto, una linterna le dio de lleno en el rostro.

—¿Eh, quién es?

La luz le hizo daño y se cubrió los ojos con las manos.

—Es la amiga —gruñó una voz ronca.

—Pues hay que evitar que chille como una rata —replicó otra voz masculina.

Victoria sólo veía luz, mucha luz que la hería en los ojos.

De pronto, unas manos largas y huesudas le sujetaron por las muñecas tirando de ellas.

Inició un grito y recibió dos fortísimas bofetadas que le sacudieron la cabeza de derecha a izquierda, con una violencia que la hizo olvidarse de Alice.

Victoria no comprendía. No sabía si vivía una pesadilla o una realidad. Una tira de grueso esparadrapo le tapó la boca y luego, otra los ojos.

Quiso seguir gritando, pero no lo consiguió.

Trató de arrancarse el esparadrapo de la boca, y recibió un puñetazo en el hígado que la obligó a bajar las manos. En aquellos momentos ya no la cubrían las sábanas ni la manta de la cama y, como un relámpago, le pasó por la mente la consideración de que solía dormir con poquísima ropa. Le molestaba hasta el camisón, por corto que fuera, y Alice opinaba lo mismo que ella.

—Es una pena golpearla —dijo el de la voz ronca.

—Sí, no está nada mal.

—Vamos, tú, deja de manosearla. Hay que darse prisa.

Siempre con tela adhesiva, le ataron las manos a la espalda y luego los tobillos. Victoria quedó tendida dentro de la cama. A través del esparadrapo y sus propios párpados, notó que la estancia se inundaba de luz.

—Hay que encontrarlo.

—Pero ¿dónde? La mitad de las cosas no son de ella si no de la amiga —replicó el otro.

A Victoria, una chica algo delgada, aunque muy bien formada, definida cintura, curvas caderas y piel suave, no le hacían ninguna gracia los golpes, y menos un puñetazo en el hígado.

Recordó haber visto un día en televisión un combate de boxeo. Uno de los púgiles había alcanzado al otro con un durísimo puñetazo y el rival se tambaleó. Alguien gritó: «Díuro, duro, le has dado en el hígado!».

Victoria había observado al entusiasta admirador del boxeo con pena, y ahora sabía lo que dolía un puñetazo en el hígado, máxime no estando entrenada para soportarlo.

Por ello, decidió permanecer quieta. Aquellos dos sujetos, si es que efectivamente eran dos, pues ella sólo había oído voces, no estaban allí para abusar de ella, aunque a juzgar por las manos del que la había atado, ganas no le faltaban.

Aquellas manos huesudas y extrañamente húmedas no le habían gustado en absoluto, al contrario, le inspiraron repugnancia, pero nada había podido hacer para escapar de ellas.

Con su mente fotográfica, su talento de artista pictórica, se imaginó a sí misma tendida en la cama con la escasa ropa que llevaba encima, atada y quieta, con la brillante y rubia cabellera desparramada sobre la almohada y con los ojos y la boca tapados con espadrapos mientras dos desconocidos lo removían todo.

Escuchó mil y un ruidos que trató de identificar. Aquellos dos sujetos no debían de ser precisamente unos «manitas». De cuando en cuando, maldecían.

En una ocasión, uno de ellos lanzó una risita que a Victoria le sonó lujuriosa.

—Fíjate qué ropitas usan.

—Sí, son muy finas, pero date prisa.

Victoria se preguntó si la prenda femenina que habían descubierto sería suya o de la ausente Alice.

De pronto, sonó el teléfono.

Fue un timbrazo estridente que retumbó dentro del cráneo de Victoria y la obligó a recordar que seguía teniendo jaqueca. ¿Le habrían puesto algo en la bebida sus compañeros de tertulia? Aquellas bromas podían esperarse de ellos y también podían ser ellos los que estuvieran hurgando. Pero, no, aquéllas no eran sus voces y tampoco les hubiera dado por propinarle un puñetazo en el hígado. Aún le dolía y posiblemente seguiría doliéndole durante quince días.

El timbrazo se repitió.

Los dos hombres se habían quedado quietos, Victoria lo notó. Uno de ellos estaba cerca y oyó su respiración algo silbante. Debía de ser de asmático, quizá por alergia.

Al otro lado del hilo, colgaron. Al poco, volvieron a llamar y uno de los individuos que había asaltado su buhardilla, su nido, su refugio, descolgó el auricular.

—¿Sí?

Victoria no pudo escuchar lo que decían al otro lado de la línea, y le hubiera gustado hacerlo.

—No hemos podido encontrarlo —respondió con cierto temor el tipo que había tomado el teléfono.

De nuevo se produjo el silencio de la escucha.

—Sí, sí, ahora nos vamos.

Al otro lado, colgaron primero. Era obvio deducir que quien había llamado mandaba y los dos que allí estaban, obedecían.

El tipo del asma resultó el de las manos huesudas y húmedas, porque la agarró por un muslo mientras le acercaba al oído su boca que apestaba a tabaco negro y barato. En tono cortante y amenazador, silabeó:

—Será mejor que te olvides de nuestra visita, preciosa. De lo contrario, vendremos a por ti y te vas a arrepentir. Sería una pena que algo tan hermoso se estropeará, se llenara de horribles cicatrices y quemaduras. Sería monstruoso y no te hablo en broma.

—Guarda la navaja, Frank, no le hagas sangre. Ya sabes cómo se pone cuando sus órdenes no se cumplen a rajatabla.

Victoria no veía, pero por las palabras del otro sujeto comprendió que un afilado acero estaba muy cerca de su piel y sintió miedo, mucho miedo.

Si aquel indeseable quería asesinarla o simplemente herirla, nada podría hacer para defenderse. Estaba totalmente a su merced y aquel hombre, que cuando estaba callado silbaba ligeramente al respirar, era un sádico, de eso estaba segura.

Les oyó alejarse.

La puerta se cerró y todo el miedo, el terror que había pasado, unido a la jaqueca, se transformó en un sollozo. Lloró doblada sobre sí misma.

Cuando sus nervios se tranquilizaron, saltó de la cama y se dirigió a la minicocina que tenían en la espaciosa buhardilla.

Tenía dificultades para moverse. Los pies atados, las manos sujetas a la espalda y los ojos tapados, no le ayudaban precisamente, pero conocía tan bien el piso que no tuvo dificultades en llegar a la pequeña cocina donde Alice y ella solían saciar los arrechuchos del hambre con un huevo frito con becon o abriendo algunos botes de mermelada.

No tardó en hallar el cuchillo.

Victoria era muy hábil manejando los pinces y también manejó hábilmente el cuchillo situado a su espalda. Cortó las cintas de tela adhesiva y luego se quitó los esparadrapos de los ojos, inundándose de luz, y también de la boca.

Tuvo que secarse los ojos, completamente empapados de llanto. Después, se liberó los pies y se quitó de las muñecas los restos de tela adhesiva.

Al mirar alrededor, lo vio todo revuelto.

Instintivamente, comenzó a recoger las cosas. Estaba desconcertada. Sintió el impulso de llamar a Scotland Yard, pero se contuvo. Si les decía lo que le había ocurrido, podrían pasar dos cosas: Primero, que la tomaran por una psicópata imaginativa (dentro del medio policial los pintores de Pimplico no merecían demasiado crédito) y segundo, que empezaran a fisgar y fisgar.

Quedó pensativa y se preguntó:

«¿Y si Alice está metida en algún lío y la policía la perjudica? Sería como si la traicionase».

Decididamente, primero hablaría con su amiga. Ella no tenía derecho a meterla en un lío, pese a haber sido tratada de forma tan brutal.

El hígado le seguía doliendo, pero le producía más desasosiego pensar en aquellas manos huesudas y húmedas que la habían acariciado.

Recogió las cosas.

Era artista, pero tenía metido el orden en la sangre, quizá fuera herencia paterna.

Por unos instantes, recordó la extraña muerte de su padre. Se había sentido mal, muy mal y sin llamar a nadie, se había levantado de la cama. Se había vestido con su mejor traje, cuello blanco impecable y corbata severa. Luego, sin zapatos, se había acostado. Cuando hubo cruzado las manos sobre el pecho, quedó quieto y así lo

encontraron muerto.

Era de día, uno de aquellos extraños días de primavera en los que el sol lucía en la secular Londres. Recordó la cita que tenía con Dean Norton y Alice no llegaba...

«Ya hablaré con ella más tarde, a la noche quizá. Este lío se ha de aclarar, no puede ser que vengan tipos así como así, la golpeen a una y la amordacen, pero ¿cómo diablos entrarían? ¿Les proporcionaría Alice una llave o, como en las películas policíacas, habrán utilizado ganzúas para abrir la cerradura?».

Se puso un ligero vestido y quedaron marcadas sus formas, altamente femeninas, que no hacía nada por ocultar ni realzar, pero estaban allí, transpirando plenitud, femineidad y gran atracción para las miradas masculinas, máxime en primavera.

Tomó su gabardina blanca. No llovía, pero era la fuerza de la costumbre.

Salió de la confortable buhardilla y bajó a la calle.

Subió a su «Mini» y al querer poner la llave en el contacto, se percató de que allí había una llave de más, una llave desconocida y que no le pertenecía.

CAPÍTULO II

Victoria encontró a Dean Norton en Hyde Park.

El vestía un traje claro que no conseguía engordarle y camisa oscura, sin corbata. Comía *pop corns* con indiferencia, como si estuviera al margen del mundo, como si observara al resto de la ciudad a través de una ventana.

Era alto, de abundante cabello rubio, muy claro y lacio que no se preocupaba de peinar. Sus ojos parecían carecer de color, pero fijándose bien en ellos podía advertirse que eran gris-azulados. Daban sensación de gelidez, pero Victoria sabía que cuando quería tenían calor, mucho calor.

—¿Y dices que Alice no ha vuelto?

—No. ¿Se habrá metido en un lío?

—Muchas chicas se meten en líos. Al principio les parece divertido, pero luego se ven atrapadas.

—Te aseguro que a mí no me gustan los líos. Lo mío es pintar.

—Y asistir a esas reuniones donde se drogan.

—Yo no me drogo y cuando la cosa se pone fea, me marchó.

—Pero si continuas asistiendo, un día te quedarás y terminarás como los demás.

—¿Me estás reprendiendo? —preguntó con una mueca irónica.

—Yo no soy un moralista, vivo y dejo vivir. Tú me has contado tu problema y yo te he respondido. También podría ser que me hubieras contado una pesadilla.

—¿Una pesadilla? Pues aquí tengo un cardenal.

Le cogió la mano y se la puso donde debía de estar el hígado.

—No vayas a hacer ahora una sesión de *strip-tease*. Aquí en Hyde Park se permiten las opiniones encontradas, pero no los espectáculos gratis.

—A ti te gusta mucho venir a Hyde Park, ¿verdad?

—Sí, me divierte oír a la gente exponiendo sus ideas acerca de cómo arreglar el mundo.

—¿Y no será que están locos?

—Quizá, pero algunos tienen razón. Sigamos con tu problema,

supongo que dices la verdad.

—¿Es que no me crees? —preguntó, ofendida.

—Sí, sí, te creo. Veamos, dos chicas viven solas y no mal. Cada una hace su vida propia, pero ¿qué sabes tú de tu amiga Alice, aparte de que está muy bien?

—No te habrás acostado con ella...

—¿Te molestaría?

—Bueno, ¿y a mí qué me importa? —Se encogió de hombros, displicente—. Tú solo eres un amigo.

—Entonces, sigamos sin apasionamientos. —Sin embargo, captó unos destellos de rabia en los ojos azules de la mujer—. Alice hace su vida como modelo, pero no estaba fija ni contratada en ninguna parte.

—¿Por qué dices «no estaba»?

—No sé, porque hablo en pasado.

—Vamos, Dean, tú también tienes la corazonada de que le ha ocurrido algo.

—Dices que te has encontrado una llave de más en el llavero de tu coche.

—Sí, aquí está. —Le mostró el llavero.

Dean Norton examinó la llave. Luego, preguntó:

—¿No es posible que tu llavero y el de Alice se parezcan?

—No. Ella no tiene coche, ni siquiera carnet de conducir.

—Eso lo pone más difícil.

—¿Sería la llave lo que buscarían esos dos tipos que me han golpeado?

—Quizá, pero no sabemos qué hay detrás de la llave.

—Tiene un número, es el setenta y siete.

—Pudiera ser de una casilla automática de equipajes o también del guardarropa que esté en un club o una fábrica. Aquí no aparecen iniciales de clase alguna. Los armarios metálicos se emplean en muchas partes, inclusive en los campos de deporte.

—Sí, pero no me explico por qué Alice la ha puesto en mi llavero sin advertírmelo.

—¿Y estás segura de que ha sido ella quien te ha puesto la llave?

—¿Quién, si no?

—Oye, encanto, ¿por qué no vamos a tu buhardilla y se lo preguntamos a Alice? Puede que haya regresado ya —le dijo,

devolviéndole el llavero.

—¿A mi buhardilla? Oh, no —denegó con fingida gravedad.

—¿Desconfías de mí?

—Por supuesto que no, pero Alice y yo tenemos un pacto y debo de cumplirlo: Nada de hombres en nuestro refugio. La que quiera, que se busque otro lugar.

—Eso está muy bien, pero quizá Alice necesite ayuda. Si quieres, hasta que no me de permiso ella, no entraré en vuestro santuario.

—No sé, no sé... ¿Y si luego, cuando estés en el umbral de la puerta, te dejas llevar por tus instintos salvajes? Yo no podría detenerte, no tengo fuerzas para ello e intuyo que tú sabes hasta judo.

—Sólo cinturón negro de judo y en karate, cinturón negro.

—Está bien me arriesgaré, claro que lo hago porque pienso que los deportistas de judo sois unos perfectos caballeros y os autocontroláis aún en las circunstancias más especiales.

—Vamos en mi coche.

—¿Y dejar el mío aparcado ahí fuera?

—Está bien. Coge tu coche y yo te seguiré con el mío, ¿correcto?

—Correcto, pero recuerda, si no está Alice, tú no entras. No es que te tenga miedo, sólo se trata de mantener mi palabra.

—Entendido.

No tenían sus respectivos automóviles en el mismo aparcamiento, por lo que decidieron ir directamente a casa de Victoria sin esperarse.

En apariencia, se estaban despidiendo. Victoria se alejó con su «Mini» y a Dean Norton se le antojó sospechoso un «Mercedes Benz» que arrancó en aquellos momentos.

Fue en busca de su «Jaguar» y aumentando la velocidad, con riesgo de que le multasen, consiguió ganar el terreno perdido.

A lo lejos divisó el «Mercedes Benz» azul oscuro, que seguía a distancia el «Mini» de Victoria.

La chica aparcó con su pequeño vehículo delante mismo de donde habitaba.

Dean Norton no vio al «Mercedes», parecía haberlo perdido de vista. Pasó de largo y al final de la manzana, dobló la calle y aparcó donde pudo. Introdujo el chelín en el poste del *parking* y, caminando, fue en busca de Victoria que le aguardaba en el

vestíbulo de la escalera.

El edificio era antiguo, pero sólido, no podía decirse que estuviera ruinoso sino todo lo contrario, se hallaba perfectamente conservado.

—¿Por qué has pasado de largo? Ahí delante tenías sitio para aparcar.

Dean Norton prefirió no asustarla. Después de todo, no podía asegurar que la hubieran seguido, quizá sólo se trataba de una coincidencia de ruta entre el pequeño «Mini» y el poderoso «Mercedes Benz».

—Prefiero tener el coche en un *parking* reglamentado, no sabes nunca cuándo van a colocarte la multa.

La tomó por el hombro y se introdujeron en el ascensor.

Al llegar al último piso, había que salir del ascensor y subir otro piso más a pie, puesto que hasta la buhardilla no ascendía el elevador. Colgadas del techo estaban las poleas.

Cuando faltaban pocos peldaños para llegar a aquella buhardilla de la que tanto Victoria como Alice se sentían orgullosas, la joven se detuvo como si acabaran de sujetarla por los pies.

—¡Dean!

—Sí, ya lo veo. Es un fiel representante de Scotland Yard.

Allí estaba el policía de uniforme, custodiando la puerta de la buhardilla.

—¿Adónde van? —preguntó, clavando sus ojos en ellos.

—¿Qué hace usted aquí? Ésta es mi casa.

—¿Acaso es usted Victoria Hanson?

—Sí, yo soy Victoria Hanson.

—¿Tendrá la bondad de identificarse, por favor? —le pidió con gran corrección el *policeman*.

—Creo que la señorita tiene derecho a preguntar por qué están en su casa, ¿no?

—Hay una orden judicial para entrar aquí, señorita Hanson. El teniente Hubbard la atenderá, está dentro en estos momentos.

—¡Esto es un atropello!

Tras la protesta de Victoria, que no inmutó lo más mínimo a aquel hombre alto y fornido que parecía incapaz siquiera de pestañear, el agente se encaró con Dean Norton.

—¿Su documentación, por favor?

—Es mi amigo y puedo hacer que entre en mi casa.

—Naturalmente, señorita Hanson, pero tiene que mostrarme su documentación.

—No te preocupes, Victoria. —Sacó su pasaporte—. Soy norteamericano y adjunto a la Embajada estadounidense.

El *policeman*, muy atento, saludó y les abrió la puerta que custodiaba.

Dentro había algunas cosas revueltas y tres hombres, uno de los cuales llevaba una cámara fotográfica.

Los tres vestían de paisano y uno de ellos tenía el sello inconfundible de haber nacido o pasado por Cambridge.

—¡Teniente Hubbard, esto es un atropello, no tiene usted derecho a tocar mis cosas!

—Usted debe de ser la señorita Victoria Hanson, ¿me equivoco? —dijo más que preguntó, con voz pausada, armoniosa y suficiente, como si a él mismo le gustara escucharse.

—No es usted un lince, teniente —le observó Dean Norton.

—¿Ah, no? ¿Acaso es usted otra persona?

—¡No, soy Victoria Hanson!

—Si no lo hubiera sido, no la habrían dejado pasar —concretó Dean Norton— por eso le ha resultado tan fácil adivinarlo.

—Se cree usted muy listo, señor... ¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—No lo he dicho. Mi nombre es Dean Norton y soy adjunto de la Embajada norteamericana.

—¿De la Embajada norteamericana? Tome nota, sargento. Habrá que comprobar ese dato, señor Norton. Yo no sé si en su país se toman las cosas muy en serio o no, pero los ingleses somos muy meticulosos.

—Pues, al parecer, en su meticulosidad se han pasado de la raya, porque si no me equivoco, la orden judicial le permitía registrar la vivienda de la señorita Alice Tailford, pero no la de la señorita Hanson.

—Eso es cierto, pero como viven juntas, no había nadie en la casa y la orden estaba en regla, podíamos entrar en esta casa y registrarla. No era exigible a Scotland Yard discernir si un sujetador, con perdón, pertenecía a la señorita Alice o a la señorita Victoria, aquí presente, entre otras cosas porque desconocíamos sus medidas pectorales.

—¡Exijo que no toquen mis cosas!

—¿Por qué? ¿Acaso tiene usted algo que esconder, señorita Hanson, marihuana tal vez o sólo toma los «corazoncitos púrpura»? [1]

—Si no tiene pruebas, se le puede acusar de difamación —advirtió Norton.

—Señor..., ¿cómo ha dicho que se llama? —Antes de que pudiera responder, se le olvidó recordar—. Ah, sí, señor Norton. Usted cree conocer muy bien las leyes inglesas y eso, para un americano, resulta difícil. Somos un país milenarista.

Con su traje, cortado en alguna de las mejores sastrerías de Londres, avanzó cuidadosamente. Hasta su cabello estaba metódicamente peinado con raya. Tenía algunas canas que trataba de realzar y parecía haber sido parido en lo más cuidado de la aristocracia de la King-English.

—No pretendo darle lecciones, sólo que usted no tenía derecho sobre los efectos personales de las señoritas.

—Señorita Hanson, en nombre de Scotland Yard, le pido mil perdones por las molestias que hayamos podido ocasionarle. Su amigo, el señor Norton, es testigo de mis palabras y ahora, dígame, señor Norton, ¿frecuenta usted este lugar?

—Teniente Hubbard, no querrá buscarme problemas, ¿verdad? —Gruñó Dean.

—Para mí, la Embajada norteamericana no es ningún santuario intocable. Puede que trabaje en ella, pero no tenga invulnerabilidad diplomática.

—Creo que, aunque la tuviera, a usted, un inglés, puro, le gustaría crear problemas a la Embajada norteamericana.

—Señorita Hanson, usted no ha respondido.

—¿En calidad de qué debo contestarle?

—Oh, por supuesto no está arrestada, todo lo contrario. Queremos resolver los problemas de su amiga Alice y sus respuestas pueden servirnos de gran ayuda.

Victoria miró a Dean Norton y pareció leer en sus ojos que era mejor no dar facilidades al teniente Hubbard, demasiado suficiente, engolado y flemático.

—Aquí no entraba ningún hombre, ni Dean ni ningún otro. Era un pacto que teníamos mi amiga y yo.

—Sin embargo, usted acaba de llegar con el americano.

—Es que...

—Se lo diré yo, teniente. Mi amiga, la señorita Hanson, sospecha que dos hombres han estado revolviendo en su buhardilla y me ha pedido que viniera.

—¿Dos hombres? ¿Cómo sabía que eran dos, cuándo ha sucedido tal hecho? ¿Por qué no ha llamado a Scotland Yard? La hubiéramos ayudado, señorita Hanson. Usted es inglesa y no creo que deba de pedir ayuda a un extranjero estando aquí Scotland Yard.

—Bueno, después de todo, no han robado nada. Me han sorprendido durmiendo y me han atado y tapado los ojos. Después, cuando he logrado escapar, ya nada podía hacerse.

—¿Y se ha traído a su hombre fuerte para que la proteja? —Antes de que le respondieran, prosiguió—: Ha hecho usted mal, debió avisar a la policía. Usted paga sus impuestos y nosotros tenemos la obligación de ayudarla.

—¿Ayudarme a qué? No me han robado nada.

—¿Está segura?

—Sí.

—Pues deberá extender una denuncia por allanamiento de morada y malos tratos, a menos que le hayan hecho algo más. Podría ser examinada por el forense.

—Muchas gracias, pero estoy bien, y si está pensando que alguien me ha violentado, guarde sus pensamientos.

—Señorita, deberá acompañarme. Sargento, por favor, termine la investigación, pero eso sí, con mucho cuidado de no tocar los útiles personales de la señorita Hanson.

—¿Adónde tengo que ir? —preguntó Victoria, intrigada.

—¿Usted también conoce a la señorita Alice? —preguntó el teniente Hubbard, encarándose con Norton.

—Sí, la he visto algunas veces.

—En ese caso, acompáñenos también. No tema, señorita, nada va a faltarle. El agente que hay en la puerta seguirá ahí hasta su regreso para garantizar que nadie le ha quitado nada, pero me gustaría mucho que me hablara de las amistades personales de su amiga. Ya sabe, con quién sale y quiénes son sus amigos íntimos.

—No conocía a sus amigos íntimos. En realidad, sólo compartíamos esta buhardilla porque nos convenía económicamente, teníamos gustos afines y éramos igualmente independientes.

—¿Por qué habla en pasado, señorita Hanson?

—Vamos, teniente, usted no le pide a la señorita Hanson que vaya a identificar a alguien que tiene en una celda, sino a alguien que está en la Morgue.

—¿En la Morgue? —repitió Victoria, anonadada.

—Sigo preguntándome por qué hablaba usted en pasado, señorita. Aturdida, Victoria movió la cabeza negativamente.

—No sé, no sé, le juro que no lo sé.

—Me temo que tendrá que responder a unas cuantas preguntas en la estación de policía.

Fueron a la Morgue en el coche policial.

Victoria estaba pálida y se había encerrado en un absoluto mutismo, pese a los intentos por interrogarla a su manera, con aquella flemma autosuficiente y ademanes aristocráticos, del teniente de policía.

En el depósito les mostraron un cadáver cubierto por una sábana.

Por lo poco que pudieron ver del cuerpo, tenía varios cortes y cuchilladas, pero no había duda de su personalidad, de su cabello pelirrojo.

—Es Alice —asintió Victoria, casi a punto de desfallecer.

No le parecía que aquel cadáver torturado salvajemente pudiera ser la misma chica que había compartido con ella la confortable buhardilla.

—Sí, yo también la reconozco, es Alice —asintió Dean roncamente.

El teniente volvió a taparla con la sábana.

—Ha sido hallada flotando en el Támesis, completamente desnuda, a la altura de Hammersmith. Ha habido que recurrir a las huellas necrodactilares y gracias a que su ficha estaba en la policía, ha sido fácil la identificación.

—¿Que Alice estaba fichada? No puedo creerlo.

—Sí, en una ocasión se la encontró drogada. Se la fichó y fue llevada al hospital correspondiente. Luego, el juez creyó que decía la verdad sobre que la debían de haber cargado en una fiesta, pero su ficha quedó archivada y eso es lo que importa.

—Pero, si fue exonerada...

A la observación de Victoria, el policía agregó:

—En ocasiones, cuando un asunto como ése se repite, el juez es menos indulgente. Por supuesto, su amiga ha sido asesinada por un sádico. El caso de asesinos de furcias, sádicos sin escrúpulos, ha

abundado en Londres.

—¿Qué está diciendo? ¡Alice no era ninguna furcia!

—Señorita, usted no puede responder por su amiga. El forense le ha hecho la autopsia y aunque faltan datos, le adelantaré que tenía síntomas de droga en la sangre. Había bebido bastante y, en otro aspecto, el forense puede atestiguar que la occisa llevaba una vida más o menos marital. Lo que no puede asegurar es si era con un solo hombre o con varios. ¿Conocía usted ese detalle, señorita Hanson?

—No —dijo, abatida.

—Por supuesto, cazar a uno de esos sádicos asesinos de mujeres públicas es muy difícil, siempre lo ha sido. Es el tormento de la policía. Recuerdo que tiempo atrás se dieron bastantes casos de prostitutas asesinadas y todas aparecían desnudas, flotando en el Támesis. Sin embargo, parece que no se trata del mismo hombre. En aquella ocasión, las estrangulaban y éste ha empleado un objeto cortante. Créame, la inspección que hacemos en la casa de ustedes es por si aparecen fotografías o algo que nos de una idea sobre hombres a los cuales poder interrogar.

En aquel momento, penetró en la Morgue el agente que había quedado en el coche policial.

—¡Teniente Hubbard!

—¿Sí?

—Comunican por radio, acerca del caso de la chica hallada en el Támesis, que había sido vista con frecuencia por las esquinas de Portobello.

El teniente Hubbard suspiró, pero había algo de satisfacción dentro de él.

—Ya lo han oído, ha sido identificada en los lugares donde suelen aparecer las mujeres públicas, claro que va a ser casi imposible encontrar a algún hombre que acepte haber sido uno de sus clientes, máxime cuando ella ha aparecido asesinada y su foto saldrá en los periódicos de la tarde. Los periodistas son unas águilas, no se les puede cortar alas. Ahora, si les parece bien, seguiremos hablando en mi despacho de Scotland Yard.

CAPÍTULO III

Dean Norton había dudado entre un parque ciudadano, salir a las afueras de Londres o un club con poca luz para llevar a Victoria.

Escogió lo último y no porque en aquellos momentos tuviera deseos de acariciarla y besarla hasta la saciedad como solía hacerse en tales locales donde las parejas no se preocupaban las unas de las otras y el camarero debía de ser un excelente profesional para conseguir servir las bebidas en las mesas, habida cuenta de la escasa luz reinante. Allí dentro, la lumbre de un cigarrillo era casi un foco escandaloso mientras de fondo sonaban melodías lentas, cuidadosamente programadas.

Victoria no había reaccionado totalmente aún. Seguía pareciéndole imposible cuanto le habían contado acerca de su amiga Alice Tailford.

—No puedo creerlo. Es cierto que era una chica independiente y libre como yo misma, pero una mujer pública y asesinada por un sádico brutal que elige entre sus víctimas a las prostitutas, me cuesta aceptarlo. Quizá la confundió con una de ellas.

—Victoria, no es fácil conocer las vidas de los demás. Se puede llevar una doble vida. Por otra parte, las mujeres públicas ganan dinero y si ella tenía un aspecto fino y cuidado, podía hacerse pasar por algo distinto.

—Es muy difícil de creer. Alice y yo habíamos tenido muchas conversaciones sobre la vida, sobre los hombres.

—¿Y opinaba mal?

—No, opinaba bien, pero quería ser libre. Aseguraba que ella sería incapaz de criar a una criatura como madre, que eso era algo superior a sus fuerzas y admitía que era demasiado egocéntrica.

—¿Y tú piensas de la misma forma?

Ella forzó una sonrisa que él no vio.

Cerca de ellos, una pareja se levantó y comenzó a bailar, si aquello era bailar, pues más parecía un solo cuerpo que dos.

—Ahora, la muerte de Alice quedará impune. Debí explicarle al teniente Hubbard lo de la llave.

—Se lo dirás, pero cuando estés segura de que esa llave pertenecía a Alice.

—¿A quién, si no?

—Yo también creo que es de ella, pero sería bueno averiguar qué significa, aunque no será tarea fácil.

—¿Por qué quieres investigar tú? ¿Cómo vas a encontrar a ese sádico asesino? Scotland Yard tiene un poder del que tú careces.

—Es cierto, pero tengo una intuición.

—¿Qué intuición?

—Pues, que no es bueno que sigas durmiendo en tu buhardilla por el momento.

—¿Temes que vengan más visitas? El teniente Hubbard ha dicho que vigilarían durante algún tiempo y que daría órdenes al *policeman* nocturno para que vigilase mi casa especialmente.

—Los dos hombres que te visitaron es obvio que buscaban algo, pero quizá ni ellos mismos sabían el qué, por eso no dieron con tu llavero. Si hubieran buscado una llave, se habrían llevado todos los llaveros que encontraron en la casa.

—¿Quieres decir que no buscan la llave, sino lo que encierra la llave?

—Ésa es mi teoría.

—¿Y qué podría esconder Alice tras esa llave?

—No lo sabemos, pero será algo importante, si ha sido suficiente para que la asesinaran.

—Y tú crees que yo corro peligro, ¿verdad?

—Me temo que sí.

No le dijo que le había parecido que la seguían en un coche, no deseaba asustarla.

—¿Y tú temes que ese sádico asesino se haya fijado en mí?

—Tú no eres una mujer pública y, que yo sepa, nada tienes que esconder.

—Insisto en que Alice tampoco lo era y la han asesinado.

—Es posible que el forense no se engañe y Alice llevara una vida demasiado alegre. Lo que parece es que ella tenía algo que interesaba a alguien y ese alguien la asesinó. Luego, quizá demasiado tarde, quiso recuperar lo que Alice debía de tener y ahora la policía ya se ha metido de por medio. Tú has tenido suerte por el momento, podían haberte asesinado, pero me temo que no

van a darse por vencidos.

—Entonces, tú no crees en esa teoría del teniente de que ha sido un sádico asesino de mujeres públicas como Jack *el Destripador*, más o menos.

—Por lo poco que sé de Jack *el Destripador*, en Londres siempre ha habido mucha historia respecto a maníacos homicidas y parece que siempre pagan las mujeres públicas, quizá por su vida nocturna, por hallarse a solas con el asesino o por la obsesión sexual de éste. En fin, ha habido y hay mucha historia y leyenda acerca de esta clase de asesinos. Ahora, el que aparezca una chica asesinada de esta forma, ya no es mucha noticia y si recordamos tu caso, los que te han visitado han sido dos y un tercero que parecía mandar estaba al otro lado del hilo telefónico. Por lo tanto, el asesino no es uno de esos tipos que acuerdan un trato con una mujer pública, se van a un *bed-sitting-room* o a un parque para que salga más barato y después la asesinan. No, esto es distinto.

—Luego, no es un sádico.

—Un sádico sí puede serlo. Quizá le ha dado esas puñaladas y cortes fríamente, para despistar, o quizá obrando según su impulso, lo que sí le delataría como a un sádico, pero no lo creo por motivo sexual. Hay algo más en todo esto.

—¿Qué más?

—Puedo equivocarme, pero huelo a chantaje.

—¿Chantaje, de quién?

—Me temo que tu querida amiga chantajeaba a alguien, claro que eso sólo es una hipótesis.

—No puedo creerlo. Esto parece más horrible cada vez. Primero, una mujer pública asesinada y desnuda flotando en el Támesis, ella que era tan cuidadosa, y ahora tú, sin pruebas, la acusas de chantaje.

—No la acuso, es una hipótesis. Ése pudiera ser el verdadero motivo de su muerte y el problema más grande estriba en que el asesino llegue a creer que tú compartías su secreto.

—¡Si yo no sabía nada, absolutamente nada!

—Puede que no llegaras a convencerles, me temo que estás en peligro.

—Estoy asustada.

Apretó su cuerpo contra el varonil dentro del pequeño sofá.

—Sería interesante saber si la solución de todo el problema está en esa llave con el número setenta y siete.

—Pero ¿qué podrá esconder esa llave dentro de un armario de estación ferroviaria, portuaria, área o de cualquier otra parte?

—No lo sabemos. Quizá una foto, unas cartas, una máquina de fotografiar, una cinta de *cassette*, algo con que pueda hacerse chantaje a alguien.

—¿Sigues creyendo que hacía chantaje?

—Sí, cada vez me afianzo más en esa idea, claro que si no conseguimos llegar al final de esta comprometedora llave, podemos investigar para saber quién o quiénes eran los amigos íntimos de Alice.

—¿Y no crees que el teniente Hubbard estará haciendo lo mismo?

—Sí, posiblemente esté visitando todas las casas de alta costura para las cuales Alice hacía de modelo. Supongo que también le tendrá intrigado la visita de esos dos desconocidos que te atacaron.

—Dean Norton pasó la mano por encima de los hombros de Victoria y la atrajo hacia sí, diciéndole—: Será mejor dejar a Scotland Yard que resuelva el caso y tú podrías marcharte a pintar a Escocia o a España, donde mejor te parezca, pero lejos de aquí.

—No, eso sí que no.

—¿Por qué esa negativa?

—No sé, sería como traicionar a Alice. Quiero que quede demostrada su inocencia y si tú eres bueno con tu nena, investigarás un poco.

—Vaya, ¿te pones mimosa? No hace falta que me conquistes, claro que si investigo voy a despertar las iras del estirado teniente Hubbard que, al parecer, no soporta a los americanos y nos considera algo así como unos aventureros sin escrúpulos ni clase alguna.

—Puede que porque no seas como él, me gustes tanto a mí, Dean.

Hundiendo sus dedos de afiladas y cuidadas uñas entre los cabellos casi albinos del hombre, lo acercó, besándolo en los labios. Le gustaba besarlo, sentía calor en las mejillas y un extraño cosquilleo, imposible de describir.

En aquélla casi total oscuridad, donde los dedos eran ojos, un hombre desenfundó una

«P-38»

automática y por debajo del mantelito de la mesa, le acopló el silenciador. Una vez lo hubo ajustado a conciencia, quitó el seguro del arma.

El asesino, amparado en las sombras, sabía en qué mesita se encontraban Dean Norton y Victoria Hanson. Con una lente de infrarrojos, había situado claramente la posición de ambos.

En aquellos momentos, sólo veía el cigarrillo encendido de Norton, que se hallaba entre los dedos de su zurda. Apuntar era cosa fácil para él, máxime a una distancia no superior a los tres metros.

Nadie se había percatado de sus movimientos. Estaba preparándose para asesinar y nadie le veía, pese a estar en público. La ausencia casi total de luz del Black Love Club le favorecía y la lente de infrarrojos le había ayudado. No podía fallar, era un profesional.

Apoyó el arma sobre la mesa. Estiró del mantel y cubrió el cañón de modo que no pudiera verse el fogonazo. Lo desvió unos grados, contados según estaba mirando él a la izquierda del cigarrillo de Dean Norton. Sólo faltaba jalar el gatillo.

De haber tenido alguien la capacidad de ver en aquellas tinieblas, habría descubierto una sonrisa de satisfacción en su rostro.

Accionó el gatillo del arma en el instante mismo en que el cigarrillo de Dean Norton desaparecía de su vista.

Sonaron dos taponazos, como el descorche de sendas botellas de champaña, y se produjo un estrépito. La sala comenzó a oler a pólvora quemada.

CAPÍTULO IV

Se rompieron vasos y alguna que otra botella. Un cuerpo cayó sobre la mesa ante la que se hallaban sentados Victoria y Dean Norton.

Se escucharon algunos gritos.

Dean Norton captó de inmediato el olor a pólvora quemada y exclamó, al tiempo que empujaba a Victoria:

—¡Al suelo!

—¿Qué pasa?

Se escucharon dos taponazos más; el cigarrillo había quedado sobre el cenicero de la mesa.

Ya en el suelo, Dean Norton palpó un cuerpo. Encendió su mechero y descubrió el rostro del camarero que había visto a la entrada. Tenía los ojos abiertos, pero ya vidriosos, había muerto.

Victoria quiso gritar, pero Dean Norton, intuyéndolo, le tapó la boca.

—Hay que salir de aquí.

—Dean, ¿qué pasa? —preguntó con un susurro.

En la sala había movimiento. Algunas parejas, quizá por el temor de ser descubiertas, pues allí habría hombres y mujeres casados, decidieron emigrar a otras salas.

Gateando, pasaron junto al cadáver del camarero y se mezclaron entre los que salían.

A Dean Norton le hubiera gustado saber quién les había disparado, algo muy difícil de averiguar, pues podía estar ya en la calle, corriendo hacia su automóvil.

Se encendieron las luces de la sala ante tanto movimiento y cuando descubrían el cadáver del camarero, Dean y Victoria se encontraban ya en el «Jaguar» de éste.

—Dean, ¿por qué ha muerto ese hombre?

—No lo sé.

—No mientas, no te va. Puedes ser un cínico, pero no un mentiroso.

—Está bien, alguien le ha disparado.

—No he oído detonaciones.

—Han usado silenciador y posiblemente han cubierto la pistola con

algo para que no se vieran los fogonazos.

—Pero ¿por qué?

El coche arrancó raudamente, alejándose de aquel lugar y perdiéndose entre las luces mortecinas del gran Londres.

—Creo que querían matarte a ti y quizá a mí también, han hecho como mínimo cuatro disparos. Los dos últimos, estábamos ya en el suelo y encontrarán los plomos incrustados en la pared. Los otros dos los ha encajado el camarero, desgraciadamente para él y afortunadamente para ti.

—Pero ¿por qué el camarero?

—Debíamos de tener el asesino situado enfrente. Estaba oscuro. El habría hecho sus cálculos cuando el camarero ha pasado entre ambos, justo en la línea de tiro, por eso estás viva ahora. ¿Entiendes por qué no es bueno que regreses a tu buhardilla?

—¿Adónde voy a ir, si no? No tengo ropa, todo está allí.

—Ya tendrás tiempo de recoger lo que necesites, esta noche podrías pasarla en mi apartamento.

—¿En tu apartamento? Sólo me faltaría que me propusieras ir a un *bed-sitting-room* —explotó molesta, y furiosa y asustada a un tiempo.

—Si el teniente Hubbard llega a relacionar esa muerte con nosotros, vamos a tener interrogatorios para rato y a mí me va a complicar las cosas en la Embajada; quizá quieran trasladarme a otra parte.

—¿Trasladarte a ti, por mi causa?

—Por tu causa, no; será por culpa de los asesinos de Alice.

En el «Jaguar», Dean Norton condujo a Victoria a Pall Mall, allí tenía él su apartamento.

La construcción era algo antigua, pero muy aristocrática y la calle, tranquila.

En su interior, el edificio tenía los últimos adelantos. El portero controlaba la puerta y la escalera mediante telecámaras y en su cabina poseía cuatro pantallas de televisión.

—Buenas noches, míster Norton —saludó afable. Sabía que el americano no regateaba las propinas.

El ascensor conservaba su aire aristocrático y un altavoz transmitía música suave.

—Esto no está mal. Te costará un riñón.

—Aquí son muy selectivos con los inquilinos. Tuve que traer una

recomendación de la Embajada para que me cedieran el apartamento. No niego que pueda haberlos mejores en otra parte, pero Pall Mall es un lugar tranquilo y me agrada.

El apartamento era espacioso. Victoria observó:

—No te has traído contigo la funcionalidad yanqui.

—En realidad, lo renté amueblado, es más práctico. Los que trabajamos en embajadas no sabemos nunca cuánto tiempo vamos a estar en una ciudad.

—Entonces, ¿cualquier día puedes desaparecer?

—Sí. ¿Un cigarrillo?

Lo aceptó sin responder, tomándolo de las manos del hombre. Esperó a que éste se lo encendiera, haciendo esfuerzos para mantenerse serena.

Se acercó a la gran ventana y miró a la calle. El piso de Dean Norton también era alto y podía divisar muchas luces de la ciudad.

El americano se le acercó por detrás, tendiéndole un vaso con *whisky*.

—No te irá mal.

—Gracias.

—Además del salón, hay dos habitaciones. Puedes tomar una de ellas y, no temas, no soy sonámbulo.

—Cuando vas en busca de caza nocturna, ¿no te haces el dormido?

—No es preciso si la presa a capturar me está esperando.

—Vanidoso.

—¿Es un piropo?

—Dean, a veces no sé si eres muy simpático o insoportable.

El la estrechó entre sus brazos, al tiempo que le decía amigable y sin doble intención:

—Desata tus nervios. Es malo que las impresiones queden encerradas.

Sintiéndose confortablemente entre los brazos masculinos, Victoria tembló, pero no llegó a llorar. Ya más calmada unos instantes después, preguntó:

—¿Estás seguro de que deseaban dispararme a mí?

—Las balas han pasado silbando por encima de nuestras cabezas. El asesino, si no se ha quedado en el exterior para esperar a ver quiénes salían y quiénes no, creará que no ha errado el blanco.

—Entonces, ¿yo he de seguir el camino de Alice?

—Tú eres distinta a ella, pero quizá el asesino piense que puedes causarle problemas y, por si acaso, quiere quitarte de en medio. Ello es un exponente de su preocupación.

—Debería de pedir protección a la policía.

—Es tu derecho.

—Pero tú prefieres que no la pida, ¿verdad?

—No puedo aconsejarte al respecto. Pueden volver a atacarte y si te sucediera algo, siempre pensaría que te aconsejé mal.

—Pero ¿por qué no me mataron cuando registraron mi buhardilla y luego lo han intentado en el Black Love Club?

—Quizá se lo han pensado mejor. De todos modos, creo que conviene empezar a averiguar de dónde procedía la misteriosa llave setenta y siete.

—Pero, mientras, pueden tratar de asesinarme nuevamente.

—Iremos juntos, creo que nos seguirán.

—¿Vas a utilizarme como cebo?

—Bueno, si ven que yo voy probando una llave aquí y una llave allá, no tratarán de liquidarte a ti, sino a mí, para poder quitarme la llave y recuperar lo que están buscando. Mientras, podemos indagar algo sobre la vida real de Alice, quizá nos llevemos grandes sorpresas.

—¿Por qué quieres convertirte tú en su blanco?

—Déjalo en *hobby*. Se aburre uno con la burocracia de la Embajada y ahora tengo la oportunidad de divertirme buscando a un sádico londinense. Quién sabe, a lo mejor descubrimos algo importante y mi próximo destino es superior al actual.

—O te envían a Pernambuco si te salen mal las cosas.

—Es posible, pero si me acompañara una linda pintora con ansias de llenar sus cuadros de paisajes pernambuqueños, no me sentiría tan mal.

—Dean, Dean, nunca sé cuándo hablas en serio o en broma. Tu sonrisa es, es...

El no la dejó terminar; la besó en los labios y una cremallera se abrió suavemente.

—No, Dean, no. Me has ofrecido un refugio, no una noche de amor.

—Aquél es tu dormitorio.

Le señaló una de las puertas.

Ella, subiéndose de nuevo la cremallera para que la falda no cayera

a lo largo de sus piernas, se dirigió a la habitación lanzándole un beso al aire.

Dean Norton se preguntó si aquella noche no sería bueno tener un ataque furibundo de sonambulismo.

* * *

Sonó un timbre largo y estridente. Dean Norton abrió los ojos, bostezó y por breves instantes se preguntó qué era lo que había sonado, si el teléfono, el despertador o la puerta; resultó el intercomunicador de la escalera.

—Buenos días, míster Norton.

—Buenos días —respondió al conserje de portería.

—El teniente Hubbard, de Scotland Yard, está subiendo a su apartamento. He creído que debía advertírselo.

—Ha hecho bien, gracias.

Enfundado en su bata color granate y bostezando, sin preocuparse de peinarse, sacó dos vasos y les puso *whisky*. Después, se dirigió a la puerta en el mismo instante en que sonaba el llamador.

—Buenos días, teniente. ¿Le apetece un *whisky*?

El aristocrático policía sonrió fríamente y denegó con el índice, sin apenas mover la mano.

—No bebo.

—¿Por ser de mañana o porque está de servicio?

—Por ambas cosas. Ahora, si me permite entrar, quisiera hablar con la señorita Hanson.

—Está muy seguro de que se halla aquí —observó, antes de apartarse para cederle el paso al apartamento, mientras con ambas manos sostenía los vasos de licor.

—¿Y dónde, si no, podría estar? A su hermosa y confortable buhardilla no ha regresado.

—Podía haberse marchado a Liverpool.

—O a Pekín —replicó irónico.

—Está bien, teniente, usted gana. Pase y tome asiento.

El teniente Hubbard miró alrededor con expresión de asentimiento.

—Vive usted muy cómodamente, es un apartamento demasiado elegante para un americano. Ustedes, los del nuevo mundo, son como los romanos. Aprecian lo grande, pero no lo delicado.

—Los caldeos y los sirios eran delicados y queda muy poco de su cultura. En cambio, de los romanos quedan muchas cosas. ¿Ha visitado usted Segovia, por ejemplo? Está en España.

—¿Cómo no? Los romanos eran el exponente de la fuerza y a usted le agrada la fuerza, ¿verdad? Se advierte a simple vista que es un hombre fuerte, quizá un atleta.

—Ahora no practico el atletismo, pero sí las luchas marciales niponas. Si algún día quiere tomar lecciones, se las daré por un precio módico; tengo el grado de profesor.

—Gracias. En Scotland Yard también tenemos nuestros profesores de karate y judo. Por cierto, ¿a la señorita Hanson también le gusta la fuerza?

—Teniente, está usted ensuciando sus pensamientos. No juegue a adivinar cuando se trate de la reputación de una mujer.

—Vaya, se las da de *gentleman*.

Se abrió la puerta de una de las alcobas y apareció Victoria cubierta con una bata corta de nylon rosado.

—¿Cuándo has traído mi ropa, Dean? Ah, está usted aquí, teniente.

—¿Ha dormido usted bien, señorita Hanson?

Victoria se puso algo nerviosa.

—Desde luego. ¿Por qué no iba a dormir bien?

—No sé, quizá por haber extrañado la cama, salvo que esté acostumbrada a dormir en camas distintas.

Victoria captó la doble intención del policía y replicó:

—Creo que después de haber sido asesinada mi amiga, no era nada sencillo regresar al apartamento donde ya he sido atacada, lo que me hace pensar que los asesinos tienen una llave.

—Entonces, deberá de cambiar su cerradura, las venden muy buenas. Ah, y usted, Norton, no ha respondido a la señorita Hanson: ¿Cómo le ha traído su ropa?

Dean Norton respiró hondo. Comenzaba a sentir ganas de alisarle la nariz al estirado y engolado teniente Hubbard, pero aquello le acarrearía muchos problemas y prefirió contenerse y responder.

—Tomé las llaves y fui en busca de lo que podía necesitar, puesto que va a quedarse aquí unos días, por lo menos hasta que usted haya atrapado a los asesinos.

—Se empeñan en hablar de los asesinos y eso no está demostrado. En cuanto a la señorita Hanson, es bueno para la policía saber

dónde se encuentra, máxime cuando sabemos que alguien quiere matarla y que asesinaron a un camarero en el Black Love Club por su culpa.

—¿Cómo lo ha sabido? —preguntó la joven, sorprendida.

—Scotland Yard es eficiente, aunque los americanos crean lo contrario. Se pudo saber de inmediato desde qué mesa habían disparado. Luego, se buscó la trayectoria y se encontraron dos proyectiles incrustados en el respaldo del sofá. No había sangre en el sofá, por lo que deducimos que habían escapado a tiempo. Ah, se olvidaron las huellas dactilares en sus copas.

—Y por lo que veo, ya tienen ustedes archivadas nuestras huellas —observó Dean.

—Somos eficientes, ya se lo he dicho. En realidad, ustedes dos pueden ser los asesinos de Alice. El motivo, lo desconozco, pero pueden serlo. Luego, se inventan la historia de los dos desconocidos atacando a la señorita.

—Eso es absurdo, teniente, y usted lo sabe.

—Además, ¿cómo íbamos a disparar contra nosotros mismos en aquel club? —inquirió Victoria.

—No es tan difícil, podían haber cambiado de mesa y luego disparar. La verdad, me gustaría saber si ustedes ganan algo con la muerte de Alice.

—Vamos, teniente, no diga tonterías. No íbamos a cargarnos también a un camarero inocente.

—Nunca se sabe. —Hubbard se encogió de hombros—. Una vez arrestamos a un asesino que para disimular su crimen había matado a cinco personas más, claro que al final lo atrapamos.

—Qué bien, a ver si toman el precedente al pie de la letra —replicó Dean.

—Bueno, sólo quería verles y saber dónde se encuentran. Desde mi despacho he llamado a la Embajada y me han dado esta dirección. No me extrañaría que su embajador quisiera verle y le preguntara si anda metido en líos. Ya sabe, si se descubre que un adjunto de Embajada está mezclado en asuntos de drogas o trata de blancas, la Embajada saldría muy perjudicada. Aquí, los periodistas tampoco se muerden la lengua.

—Teniente, creo que ha escogido usted una senda equivocada e insiste en caminar a ciegas por ella, haciéndose el listo.

—Yo no he elegido una senda determinada, entiéndase rastro; los sigo todos. Alguno puede dar resultado. Ah, y me alegro de que salieran indemnes del atentado. Quien quiera que sea el asesino tendrá que responder ahora por dos muertes. Buenos días, Victoria.

—Señorita Hanson —corrigió la propia joven.

—Ah, sí, disculpe, señorita Hanson.

Dean Norton sintió hincharse sus venas, ante el tono irónico de Hubbard. Victoria, adivinando su gesto, le cogió por el brazo, pidiendo:

—¿Me das uno de esos vasos de *whisky*, Dean?

El teniente Hubbard abandonó el apartamento y quedaron solos.

—Ese presuntuoso teniente me revienta.

—A mí también, Dean, pero él debe de estar acostumbrado a tratar con gentes de todas clases y, por lo visto, sospecha de nosotros.

—Pues no me gusta.

—¿Temes que te digan algo en la Embajada?

—El embajador me conoce bien, no va a meterse conmigo por las presiones o insinuaciones de un tenientecillo de Scotland Yard. Lo que me molesta es que nos hará seguir y tendremos problemas para despegárnoslos.

—Si nos siguen, nos protegerán.

—Y entonces, nosotros no podremos obrar libremente ni indagar por nuestra cuenta. Ahora más que nunca se me ha metido entre ceja y ceja darle una lección al teniente Hubbard.

—¿Una lección, atrapando al o a los asesinos?

—Sí.

En aquel instante sonó el timbre del teléfono. Ambos dirigieron sus miradas hacia el aparato grande, de lujo y con aires de principios de siglo.

—¿Diga?

Victoria observó que Dean Norton fruncía el ceño. Cuando él colgó el auricular, ella le preguntó:

—¿Algo malo?

—Al parecer, ese tenientecillo sí ha influenciado al embajador, porque quiere verme en su despacho.

CAPÍTULO V

Victoria aguardaba dentro del «Jaguar» de Dean Norton.

Fumaba nerviosamente mientras vigilaba con el rabillo del ojo y a través del retrovisor. Al fin, apareció el americano que acababa de abandonar su Embajada.

Cuando se hubo acomodado frente al volante, la joven le preguntó preocupada:

—¿Cómo te ha ido?

—El embajador está molesto y me ha pedido que deje este asunto. Es posible que tenga que llevar una valija diplomática a Washington.

—¿Tan importante es esa valija?

—Nunca se sabe. Puede estar llena de documentos o vacía por completo.

—¿Un viaje para transportar una valija vacía?

—Sí, cuando lo que se pretende es alejar al portador.

—Entiendo. Cualquier excusa es buena para enviarte a Washington.

—Eso es, el embajador no quiere problemas. Al parecer, el teniente Hubbard le ha explicado que ha sido asesinada una mujer pública, que además tomaba drogas, un asunto muy feo para que se vea inmiscuido un diplomático. Si los muchachos de la Prensa cogen la noticia, la exprimen y le sacan buen juego.

—¿Eso es lo que ha dicho el embajador?

—Sí.

—Es extraño que el embajador en persona le haya hecho tanto caso al teniente Hubbard.

—Es que resulta que el teniente Hubbard es el sobrino y único heredero, pues carece de hijos, de lord Green Wood, figura prominente de la Cámara de los Lores.

—Vaya, con que el teniente es un aristócrata. —Victoria expulsó el humo de sus pulmones con fuerza—. He oído hablar de lord Green Wood, pero ahora no sé cuándo ni por qué, quizá es que alguien me ha dicho que quieren hacerlo ministro del Gabinete de los *tories*.

—Con razón es tan estirado nuestro teniente. Es hijo de un

segundón. Su tío heredó el título de lord y no su padre, pero como la descendencia de lord Green Wood ha muerto, el teniente Hubbard será el heredero algún día.

—Y suelen ser más presuntuosos los segundones que los hijos primeros y legítimos en la herencia.

—Bien, ahora las cosas se complican.

—Ese policía que nos ha venido siguiendo, está en su coche, esperando que nosotros pongamos éste en marcha.

—Y lo malo es que el «Mercedes Benz» que te seguía al salir de Hyde Park ha desaparecido.

—¿Qué «Mercedes Benz»?

Dean Norton pensó que ya podía contarle lo que había visto y así lo hizo. Terminó diciendo:

—Si nos sigue la policía, no nos seguirán los asesinos y no habrá forma de atraparlos.

—¿Y si despistamos a la policía? Tu coche es muy potente, podrías conseguirlo.

—Sí, pero entonces también despistaría a quienes quiero que nos sigan.

Victoria aplastó su cigarrillo dentro del cenicero del auto y dijo nerviosa:

—Dean, es mejor que nos separemos, no quiero que tengas más problemas por mi culpa. Tu carrera puede destruirse por la influencia del teniente Hubbard. Si la Prensa ensucia tu nombre, aunque se terminen aclarando las cosas, ya será demasiado tarde para ti en tu carrera diplomática.

Hizo ademán de abandonar el coche, pero él la retuvo cogiéndola por el brazo.

—Soy yo quien ha de decidir lo que me conviene. Seguiremos adelante con nuestro plan, aunque el teniente Hubbard se haya empeñado en contarle al embajador que sospecha de mí.

Victoria dijo a Dean Norton cuál era el salón de alta costura en el cual había trabajado Alice últimamente y hacia allí dirigió su «Jaguar», importándole poco que le siguiera el coche oscuro con un agente de Scotland Yard dentro.

Introdujo el auto en el *parking* privado para clientes del salón de alta costura y un ascensor les dejó en un vestíbulo lujoso y enmoquetado, donde se escuchaban murmullos de conversaciones y

gentes de ademanes cuidados se dirigían a una amplia puerta. Al otro lado estaba la sala con la pasarela para los desfiles.

—¿Tienen invitación los señores? —les preguntó una cuarentona muy estirada, pero que no podía disimular una doble barbilla que debía de humillarla.

—Ella es la señorita Hanson, pintora, y yo soy adjunto de la Embajada norteamericana. Carecemos de invitación, hemos venido para preguntar por una amiga.

—Ustedes dirán.

—Se llama Alice Tailford —dijo Victoria con algo de precipitación. La cuarentona esbozó un gesto de desagrado. Era obvio que no le había gustado la pregunta.

—Ya ha estado aquí la policía para investigar sobre ella. Ésta es una casa seria, de gran prestigio, y esa clase de publicidad nos daña. Nuestros clientes son muy exclusivos, de la alta aristocracia internacional, y un escándalo de este tipo perjudicaría sobremanera a esta firma. Alice fue modelo nuestra, es cierto, pero ningún contrato la ataba con nosotros, era modelo volante. Hacía su trabajo, se le pagaba y nada más, por ello les ruego que se olviden de todo esto. Cuanto había que responder, que prácticamente no era nada, ya se lo he comunicado a la policía.

—Es que Alice, su muerte... —dijo Victoria intencionadamente cuando pasaban dos chicas cerca de ellos.

—¡*Madame, madame!* —llamó una mujer vieja y gorda, cargada de joyas.

—Les ruego que me disculpen y que se marchen.

La jefe de ceremonias y relaciones públicas de la empresa, les dejó. Dean y Victoria se miraron entre sí.

—¿Qué opinas, Dean?

—Que está nerviosa y quizá no saquemos nada en limpio de aquí.

—¡Ptsh, ptsh!

Aquello era una llamada; una puerta estaba entreabierta y podían ver a una de las chicas que habían pasado por detrás de ellos.

Victoria y Dean se dirigieron hacia ella, pasando a un amplio vestidor.

La modelo comenzó a cambiarse de ropa, importándole muy poco que ellos estuvieran delante. Ya sólo con sujetador y *panties*, les dijo:

—He leído lo de Alice en la Prensa. A mí siempre me han dado miedo los sádicos.

—Tú sabes algo de ella, ¿verdad?

—Alice tenía poco trabajo y no se preocupaba por ello. Sin embargo, tenía buenas joyas y no le faltaban nunca unas libras en su monedero.

—¿Quiere decir que tenía más dinero del que podía ganar como modelo?

—Sí, hasta tenía el suficiente para pagarle los vicios a George, eso era lo que quería decirles. Es un tipo sin escrúpulos.

—¿Lo conoce bien? —preguntó Dean.

Victoria le ayudó a colocarse el vestido que la ceñía por completo. La modelo no dejó de hablar entre los espejos.

—Yo fui la chica de George durante un tiempo y no es que tenga celos, no. George es un chulo. Yo me aparté de él cuando, además de pedirme dinero, quiso sacarlo directamente de mí.

Victoria quedó perpleja y preguntó:

—¿Trata de decir que es un proxeneta?

—George es un sinvergüenza, me lió con un viejo. Cuando yo largué al viejo, éste se puso hecho una fiera y me exigió que le devolviera las diez libras que le había dado a George de antemano. Yo no tenía mucho dinero, pero saqué las diez libras y se las tiré a la cara al viejo sátiro y a George lo mandé a paseo. Una cosa es que yo quisiera hacerle regalos o pagarle comidas porque me cayera bien y él fuera un vago, y otra que George tratara de explotarme directamente.

—¿Y Alice salía con George? —inquirió Victoria.

—Sí. Yo la previne y ella se echó a reír, Alice tenía una risa muy abierta. No quiso creerme. A lo peor, George la vendió a algún sádico y éste la mató. La policía no conoce a ese George. Con su aspecto elegante y su cara de buen chico, engaña; por dentro no es más que basura.

Se abrió una puerta del vestidor y tuvieron el tiempo justo para saltar, quedando detrás de la misma.

—Annie, ¿estás lista? —preguntó la maestra de ceremonias.

—Sí, *madame*, saldré enseguida.

—Tu pase es dentro de un par de minutos.

Volvió a cerrar la puerta sin descubrir a Dean ni a Victoria.

—Ella no quiere líos y en el fondo tiene razón. Hay gente muy rica e importante aquí, y aunque muchos de ellos están podridos de conciencia, no acudirían más a este salón si el escándalo de la muerte de Alice lo salpicara.

—¿De modo que a la policía no le han dicho nada de George?

—Yo, no, y *madame* creo que tampoco.

—¿Dónde podemos encontrar a ese George?

—Si no está con otra imbécil como yo en alguna parte, estará en el club de equitación Blood-Horse. Es un lugar muy selecto y George se da muchas ínfulas. Conoce a gente importante y suele llevar a sus conquistas por allí para deslumbrarlas. «*Lady* Tal, varón Cuál, duque...» —remedó—. Todavía no sé cómo lo aguantan cuando no tiene más peniques que los que le damos las mujeres.

—Una pregunta más. ¿Hay alguna salida posterior, me refiero disimulada?

—No quieren nada con la policía, ¿eh? —preguntó con picardía.

—Yo compartía mi buhardilla con Alice; él es mi amigo, americano.

—Sí, ya le he notado el acento. —La miró fijamente, añadiendo—: Si algún día estás con luz verde, ya sabes dónde encontrarme.

—Encanto, nos has hecho un gran favor. —Dean Norton besó fugazmente los labios de la fémina, lo que hizo brillar de disgusto los ojos de Victoria, aunque quiso darle naturalidad a la situación.

Annie les indicó una salida disimulada que utilizaban las modelos cuando terminaban las pruebas a altas horas de la noche.

Tomaron un taxi y Dean Norton pidió:

—Al hipódromo Blood-Horse.

—Hum, un lugar elegante —comentó el taxista, mientras ponía el automóvil de nuevo en rodaje.

Pasaron cerca del policía que les había seguido y que vigilaba el *parking* privado de la casa de alta costura y también su entrada principal; no llegó a descubrirles dentro del taxi.

—Oye, Victoria, ¿sabes montar a caballo?

—No. ¿Y tú?

—Sí, estuve en Texas algún tiempo y no estará de más practicar de nuevo, mientras ese rufianaje de George nos cuenta algo sobre tu amiga. Quizá él sepa mucho de esa vida extra que Alice llevaba y que tú ignorabas.

CAPÍTULO VI

El club hípico Blood-Horse era muy exclusivo y por ello no les extrañó que el recepcionista les cortara el paso, pero a Dean Norton le bastó con mostrar su documentación diplomática para que les dejaran entrar.

En aquel club se cuidaban mucho los detalles, la elegancia, el confort, el lujo y el silencio.

Pasaron por el amplio salón de invierno, climatizado en aquellos momentos a una temperatura constante. Su decoración tenía relación con la hípica.

Victoria siguió a Dean que semejaba moverse en su ambiente. No sentía la menor inhibición allí donde a simple vista se advertía que los que frecuentaban aquel club eran gentes aristocráticas y millonarias.

Cruzaron una puerta de cristal y salieron a la amplia terraza semicubierta por un enorme alero voladizo. Desde allí se contemplaba a la perfección la pista de saltos. El césped estaba óptimamente cuidado y los obstáculos eran de arbustos para evitar desagradables caídas.

Había reunidas unas cuantas personas, en su mayor parte mujeres.

Mujeres cargadas de joyas, que habían rebasado la cuarentena, observaban a un jinete que evolucionaba por la vista con habilidad. Sin embargo, al ver a la pareja, clavaron sus ojos en ellos.

A Victoria la despreciaron por la sencillez de sus ropas y la ausencia de joyas, pero envidiaron su belleza y juventud. En cuanto a Dean Norton, no pudieron evitar admirar la virilidad que transpiraba por todos sus poros.

Era como si en el aristocrático corral hubiera entrado un garañón que comenzara a hacer sombra al que se consideraba en aquellos momentos el amo del lugar.

Aquellas mujeres cuchichearon entre ellas respecto a los recién llegados. Daban por supuesto que, si les habían dejado entrar es que debían de ser importantes en la vida social de Londres.

Tomaron asiento en una mesa, cerca de las escalinatas. El camarero

se les acercó solícito y Dean pidió un par de scotchs, al tiempo que preguntaba:

—¿Ha visto a George?

—George es el jinete que ahora está en pista, señor.

—Gracias.

Dean Norton fue generoso con la propina.

George era un individuo que frisaría en la treintena, muy bien cuidado y de cabellos rubios bajo la gorra de equitación. Sus ojos eran azules y su piel estaba tostada con la suavidad propia de una lumia de altos vuelos. Era indudable que debía de ser adicto a la lámpara de sol artificial.

—Es un petulante —opinó Victoria.

—El no practica la equitación, sólo está alardeando dentro del gallinero. Es el niño bonito y algo gravieso de estas *ladies* cargadas de joyas.

—Sí, mientras aquí algunos hombres parecen adormilados. Lo que no entiendo es por qué les saca el dinero a chicas como Annie o Alice y no se lo pide a esas mironas de ojos lujuriosos.

—Porque pedirles dinero a esas mujeres estaría mal visto, querida. Ellas le ofrecerán regalitos, viajes de vez en cuando y favores como el de poder estar en este club cuando no tiene dinero ni posición social para acudir a él. Quizá hasta le regalen el caballo y le hagan favores a través de sus maridos, pero no creo que George les pida precisamente un empleo para ganarse la vida decentemente. Además, si obtiene el dinero de las chicas tontas y jóvenes, no se convierte en esclavo de ninguna de estas viejas y eso le hará subir en su cotización de gigoló.

—Qué tipo, me da asco.

—A mí también y es hora de que le hagamos quedar un poco en ridículo.

Victoria, al darse cuenta de que Dean Norton se levantaba de la mesa, se asustó.

—Eh, ¿qué vas a hacer?

Dean no le respondió. Con toda naturalidad, bajó las escaleras que situaban la terraza en altura sobre la pista y caminando sobre la hierba, fue hasta uno de los obstáculos más importantes.

Tomó el tablón y lo colocó en dos metros de altura, por encima de los arbustos, ya que en los extremos habían dos postes verticales

para tal efecto. Después, miró al jinete, que a su vez le observó a él y dándole la espalda, regresó a la mesa.

Los murmullos aumentaron. Victoria preguntó:

—¿Por qué lo has hecho? Te has puesto en evidencia.

—Veamos qué tal lo hace con un obstáculo de verdad. Hasta ahora sólo ha estado pavoneándose.

El jinete se había quedado dando vueltas sobre sí mismo, mirando desconfiado el tablón.

De cuando en cuando, alargaba su mirada hacia la mesa en que se hallaba Dean y Victoria.

George comprendió en aquellos momentos que si declinaba hacer el salto con el que lo habían provocado, pues aquello era un reto en toda regla, un desafío en el que no habían mediado palabras, decepcionaría a sus menopáusicas admiradoras y por ello se vio obligado a aceptar.

Encarando su montura con el obstáculo, tomó carrera, disponiéndose a saltar.

Se había creado un clima de excitación. Las ricas aristócratas británicas se quedaron con el aliento contenido y la mirada fija en el tablón. ¿Conseguiría su niño bonito sobrepasarlo, dando una lección a aquel intruso de elevada estatura y desvergonzada suficiencia?

Los cascos del brioso animal se hundieron con fuerza en la mullida hierba, pero quedó clavado ante el obstáculo y no pudo saltar. Hubo murmullos de decepción entre las damas.

Victoria miró a Dean y le vio sonreír.

—Quieres humillarlo, ¿verdad? —le preguntó.

—Veamos qué hace ahora, parece que quiere repetir el salto.

George se daba cuenta de que su prestigio como jinete se esfumaba por momentos y de nuevo tomó la carrerilla, creando un clima de suspense.

Esta vez sí se elevó la montura, pero los cascos derribaron el obstáculo con tan mala fortuna que George salió despedido, rodando por el suelo.

Las damas se levantaron al unísono, preocupadas por su niño bonito.

George, sucio de barro, ya que la hierba había sido regada mucho últimamente, se limpió con la manga y forzó una sonrisa; ya había

hecho el ridículo suficientemente. Las damas volvieron a sentarse, George no se había roto nada.

El caballo quedó suelto, pero un cuidador de la pista lo tomó por las bridas, controlándolo. El animal estaba inquieto.

George subió las escaleras, dirigiéndose a la mesa de Dean y Victoria. En voz alta, deseando que todos se enterasen de sus palabras, dijo:

—Por lo visto, no soy el mejor de los jinetes.

—Simplemente no ha sabido calcular la distancia y el momento clave para hacer saltar al caballo, que sí parece un buen animal.

—Y usted un buen profesor, o a lo peor sólo habla. Dar lecciones es fácil; demostrarlas es otra cosa.

—Si usted permite que lo pruebe con su montura, así habrá igualdad de posibilidades.

—Oh, sí, por supuesto, y si el caballo se rompe una pata no hay cuidado, está asegurado, pero no respondo de los huesos de usted.

Dean se quitó la chaqueta. Entre las damas millonarias en libras, francos y Otras monedas internacionales, hubo excitación ante aquel duelo.

—Dean, te vas a matar.

George ocupó la silla del propio Dean y éste, dejando la chaqueta entre las manos de Victoria, se dirigió hacia el caballo.

Sus ropas no eran las más óptimas para montar, pero subió a lo alto del equino y le estuvo hablando en la oreja. Después, lo acercó al obstáculo y llamando al cuidador, le hizo poner la tabla a dos metros diez, más alta que se la había colocado al propio George.

Éste no pudo por menos que mascullar, sin dejar de forzar su eterna sonrisa:

—Fanfarrón.

Victoria le lanzó una mirada furibunda.

El clima entre las damas millonarias subió de tono. Aquello era realmente excitante para ellas. En el fondo no podían evitar sentir una salvaje satisfacción al contemplar la lucha de dos machos por la hegemonía de las hembras.

Dean Norton probó con varios obstáculos menores para ver cómo respondía el caballo y adaptárselo a sí mismo. El era más alto que George y en consecuencia, tenía algunas libras más de peso.

Al fin, enfiló hacia el obstáculo, alto, muy alto, de verdadera

competición internacional, sólo para profesionales, vedado a los aficionados.

Sin usar espuelas, el equino, como adaptado a su propio pensamiento, se elevó en el aire con un salto majestuoso, volando materialmente y con limpieza por encima de la tabla.

Al instante, escuchó una salva de aplausos. Las damas allí presentes no se habían podido contener y le aplaudían por su hazaña; George acababa de caer de su pedestal.

Dean Norton regresó a la mesa. Victoria, satisfecha como si fuera la princesa de un torneo medieval, le devolvió la chaqueta.

George se sabía humillado, pero era consecuente en el tipo de vida que había escogido y ponerse nervioso en aquellos momentos sería hacer el ridículo aún más, cosa que no le convenía en absoluto.

—Le felicito, es usted un buen jinete. Nadie lo hubiera pensado, habida cuenta de su estatura. Ahora es usted la atracción del Blood-Horse.

—Sí, pero a mí me interesa más otra cosa, George.

—Por lo visto, me conoce.

—Lo suficiente. Ahora, si le parece bien, hablemos de Alice.

George palideció, mientras se sabía el centro de las miradas de todas las personas que se hallaban en la terraza. Posiblemente, aquellas mujeres comenzarían después a asediarse a preguntas sobre la personalidad de Dean Norton, al que él tampoco conocía.

—Lo siento, tengo prisa. Gusto en conocerles.

George se levantó con precipitación y se alejó, cojeando ligeramente. Dean se dijo que lo estaba haciendo adrede para impresionar a sus admiradoras y de este modo tener una excusa para darles el esquinazo.

—Aguarda aquí, Victoria. Cuando siga una presa, no permito que se me escape.

Abandonando la mesa, fue tras de George.

* * *

Cuando Dean Norton llegó al vestuario, George, el guapo George, había abierto ya su armario metálico y comenzaba a guardar su gorra, sacando una toalla para dirigirse a la ducha.

Observó la llegada de Dean Norton, mirándole de reojo.

—Parece que no quiere hablar de Alice.

—No sé de quién me habla, hay muchas Alice en Londres. ¿Es nuevo en el club?

Dean ya había humillado públicamente a aquél gigoló profesional. Al cogerle a solas, lo tomó por las solapas y lo levantó ligeramente.

—Cuando me molesto, resulto algo desagradable.

—¡Suélteme! Haré que lo expulsen del club, tengo influencias.

—¿Influencias? ¿De alguna vieja a la que te ves obligado a babear?

—¡Le voy a romper...!

No terminó la frase. Dean Norton lo alzó más en el aire y al dejarlo caer, le golpeó en el estómago. George se desplomó estrepitosamente, encogido de dolor.

—Bien, sigo preguntando por Alice. Tu problema será el tiempo que tardes en responder. Como te has caído del caballo, si sales con la cara tumefacta nadie se va a extrañar; los moretones tardan algún tiempo en salir.

—¡Yo no sé nada de Alice!

Dean le propinó un puntapié en las nalgas que el humillado niño bonito encajó mal. Apretó los dientes con rabia, incorporándose rápidamente.

—¿Temes que lo sucedido a Alice te salpique y te haga perder prestigio como gigoló?

—¿Quién eres, qué diablos te propones? ¡Yo no sé nada de Alice!

—Pues yo creo que sí. Tú introduciste a Alice en tu nómina. Ella era una hermosa modelo pelirroja, con distinción, elegancia y manejaba dinero. ¿Le proporcionabas tú los clientes?

—Alice sólo era una buena amiga.

—Parece que vas perdiendo la amnesia.

George se había vuelto hacia el armario y rápidamente, con malignidad, sacó de él una navaja de afeitar con el filo desnudo.

De no echarse Norton hacia atrás, su cara hubiera sido cortada limpiamente por aquel útil que debía de emplear George para aparecer siempre bien rasurado a los ojos de las damas del club.

El rostro del niño bonito se había desencajado, ahora semejava el de una bestia atacando.

La navaja cortó el aire buscando la carne de Dean Norton, que saltó por encima del largo banco. No llevaba armas y George parecía dispuesto a degollarle allí mismo.

En la soledad del vestuario, saltaron el uno frente al otro. Evidentemente, George cuidaba su cuerpo, era ágil y aquella afilada arma resultaba muy peligrosa en su mano.

Al fin, consiguió atrapar la muñeca armada y la dobló sin contemplaciones con una llave de judo, pero sin llegar a romperle los huesos.

Después, lo volteó limpiamente por el aire y consiguió arrebatarse la navaja. Acto seguido, George se llevó en la cara los golpes de que se había librado en su caída del caballo.

Por último, ya frente a la ducha, Dean Norton la abrió y con las manos de George retorcidas a la espalda y empujándolo por el pelo, lo metió bajo el agua.

—Bien, George, ahora charlaremos. Cada vez que crea que no has hablado lo suficiente, te luxaré primero una mano, luego un brazo, después un hombro. Tú mismo.

Los tipos de tu calaña no resisten bien el dolor, están acostumbrados a gatear entre almohadones que no les pertenecen.

—Alice ha sido una más de mis amigas —repuso va vencido.

—Tú la explotabas, ¿verdad?

—No, sólo era una amiga.

Dean Norton le provocó dolor para desatar la lengua de George, que todavía se le resistía.

—La explotabas, ¿verdad?

—Sólo, solo —comenzó a hablar, con el rostro empapado de agua y desencajado por el dolor; ya no parecía el niño bonito de la pista hípica— alguna vez le había dicho que alguien quería visitarla.

—¿Quién?

—No recuerdo.

—Vamos, haz memoria.

—No recuerdo, varios miembros del club.

—De modo que tú eres el arlequín del club. Diviertes a las mujeres y proporcionas género de diversión a los hombres.

—De nada serviría ensuciar los nombres de algunos tipos importantes del club. Algunos estuvieron con Alice, otros con distintas chicas, pero nadie de aquí la ha matado, nadie; no es su estilo.

—El sadismo no es patrimonio de la gente pobre, George. Se da en todas las esferas sociales.

—Conozco a la gente de aquí —insistió—. La mayoría son hombres maduros y muy cultivados. Lo que le ha pasado es que debió de aceptar a alguien por su cuenta. Yo le había advertido que no lo hiciera, pero ella se complacía en ir por Portobello, creo que sentía un placer morboso escogiendo tipos raros.

—Como tú, claro.

Lo empujó, lanzándolo hacia el banco.

—Busca en otra parte al asesino de Alice, aquí nadie quiere saber nada. Fue una chica más, le pagaron con generosidad y eso fue todo.

—Y tú cobraste tu tanto por ciento, naturalmente.

—De no ser por mí, no habría podido entrar en este club, ni en otros lugares de importancia. Tengo influencias, gente importante que me debe favores.

—Sí, favores sucios, no lo dudo. Siempre ha de haber alguien que, como tú, vive del vicio, de los pecados de los demás.

—Cada cual vive como puede. ¿Y tú qué haces? Porque tú no eres policía, además, pareces americano. ¿Conocías a Alice?

—Alice vivía como modelo y a su casa no iba hombre alguno. ¿Dónde llevaba a cabo sus citas de amor?

—No voy a decírtelo.

—Entonces, se lo dirás a la policía, porque voy a contarles quién eres tú, George. Quizá ellos no te conozcan todavía, quizá no te hayan relacionado con Alice y su muerte. Por el momento, si se demuestra que recibías dinero como proxeneta, vas a pasarte un par o tres de años en la cárcel y perderás tu prestigio. Te cerrarán las puertas en todas partes, porque si ahora te perdonan lo sucio que eres es porque les interesa, pero en el momento que se haga público, todos te darán la espalda y nadie te tenderá una mano, porque saben que los ensuciarías. Incluso, la policía puede considerarte sospechoso del crimen y vas a tener que responder a muchas preguntas.

—En Holborn Street hay una sombrerería especializada. Los clientes acuden allí a comprarse sombreros caros.

—Entiendo, la sombrerería es la tapadera y no es fácil que nadie sospeche por ver entrar a un tipo importante que haya dejado su «Rolls Royce» en la puerta de una sombrerería especializada. Lo que no entiendo es cómo se ha avenido al trato el dueño de la tienda.

—El negocio ha bajado mucho últimamente. A la gente le disgusta llevar sombrero y la tienda es mía, la heredé de mi padre.

—Vaya, vaya con lo que se topa uno, con el hijo del sombrerero. Con razón conocías a la gente importante. Como habían dejado de acudir a comprar sombreros, has pensado que ampliando el negocio podía seguir rindiendo como antes, incluso más.

—A Alice no la han matado en la sombrerería, puedo jurarlo.

—Tú puedes jurar lo que quieras, lo que te van a creer después es otra cosa.

—Ya te lo he dicho todo, y si Alice no hubiera gustado de buscar a tipos raros, no le habría pasado nada. Mi trabajo es más elegante y fino. Son gente cultivada, paga bien y no abre la boca. Si tú te vas de la lengua y hay escándalo, te juro que va a costarte caro.

—¿Qué harás, George, contratar a un sicario para que me quite de en medio o tratarás de hacerlo tú mismo?

—Tengo influencias, gente importante.

—Ese estribillo ya lo he oído demasiadas veces. Por cierto, faltaba esto.

Le soltó un rechazazo en plena boca que lo tumbó de espaldas, dejándole los labios sangrantes.

—Para que no se te olvide pasar por el dentista, en honor de Alice y de las otras chicas de las cuales te has estado lucrando como un maligno parásito.

CAPÍTULO VII

El taxi les condujo frente al edificio donde Victoria tenía rentada la buhardilla. Subieron al piso y Dean Norton le dijo:

—Coge lo que necesites. No es bueno que estés aquí sola sabiendo ya que prefieren eliminarte.

—No pretenderás que duerma otra vez en tu apartamento, ¿eh?

—No dirás que te he molestado durante la noche.

—No, pero...

—Si el teniente Hubbard es un mal pensado, ya no hay quien salve tu honra.

—Tienes razón.

Le dio un beso suave en los labios y se internó en su buhardilla. Le producía cierto desasosiego estar sola allí dentro y le pidió a Dean:

—Ya que Alice ha muerto, no tengo que respetar ningún pacto, entra.

—O. K.

—Sírvete *whisky*, es auténtico escocés; lo compraba Alice.

—De acuerdo. Mientras, busca el cepillo de dientes. Si estoy mucho rato aquí puedo convertirme en un niño malo. La buhardilla es muy sugestiva, sería un excelente nido de amor.

—No ensucies tus pensamientos. ¿A cuántas mujeres has llevado a tu apartamento? —preguntó desde el cuarto de aseo.

Dean Norton no respondió. Empezaba a tomar su *whisky* cuando sonó el teléfono.

—Cógelo tú mismo, será el teniente. Tú verás qué le respondes.

El timbre del teléfono continuaba sonando estridente. Con la copa en una mano, Dean descolgó el auricular.

—¿Diga?

—Oye, Norton, aléjate de la chica, te conviene, claro que si prefieres que la asesinemos... No vamos a fallar por segunda vez —le dijo una voz bronca y que tenía un respirar fuerte.

Dean recordó lo que le había contado la propia Victoria acerca de que uno de los atacantes era ligeramente asmático.

—¿Quién es, Dean?

Dean no contestó a la joven, sino al tipo que había al otro lado del hilo.

—No me alejaré de nadie, tengo algo que puede venderse caro. El negocio, de ahora en adelante, lo llevaré yo en persona y cobraré caro, os lo advierto. Soy algo ambicioso.

Se escuchó una risa forzada al otro lado del hilo, pero Dean se percató de que aquel tipo escuchaba con mucha atención, quizá alguien más estaba oyendo la conversación.

—No te hagas el listo, Norton, no tienes nada, absolutamente nada, porque nada hay que tener.

—Me subestimas. Dile a tu amo que la próxima vez quiero hablar con él, pues el trato lo haremos directamente, de persona a persona. Alice dejó un legado para quien fuera el más listo y me lo he quedado yo, pero ya veis, no me interesa más que para venderlo. Díselo así a tu amo y nada de tonterías, sería muy imprudente por su parte tratándose de un hombre de tanta importancia social.

Tras lanzar aquel fuego de artificio por si acertaba, colgó el auricular dando por terminada la conversación.

Victoria estaba junto a él, muy preocupada.

—Eran ellos, ¿verdad?

—Sí, no han perdido nuestra pista, nos vigilan.

—En realidad, me has traído a esta casa para que volvieran a localizarnos, ¿no es cierto?

—Sí, no lo niego. Por unos días que te quedaras sin cepillo de dientes, tú que los tienes tan blancos, no pasaba nada. Estoy tratando de tenderles una trampa y no estoy seguro de si van a caer en ella, pero hemos de ir con mucho tiento, porque me temo que el avispero estará furioso.

—Tengo miedo, Dean.

—Reconozco que es una situación desagradable, pero estos tipos querían asesinarte. Temían que tú pudieras tener lo que Alice no llegó a entregarles, pero ahora les he dicho que lo tengo yo, que vendo lo que están buscando.

—Si no tienes nada.

—Tengo una llave en la que hay dos setes. Eso puede ser poco o mucho. Me gusta jugar *póker* y esto es como una partida de *póker*.

—Pero en ella nos jugamos la vida.

—Mira, Victoria, tú no tienes compromiso con nadie, de modo que

haces la maleta y yo te saco un boleto para un viaje Charter a España. Allí te pintas unos cuadritos y dentro de un mes, regresas; todo habrá terminado. Me sentiré más tranquilo sabiendo que no corres ningún peligro.

—¿De veras te intereso? —le preguntó, acercándose a él hasta apoyar su cuerpo contra el del hombre.

—Sí, y lo malo es que tú ya te has dado cuenta. —Le dio una súbita palmada en las bien redondeadas nalgas que sonó fuerte—. Anda, vamos. Si continúo aquí, no podría responder de mi integridad moral.

—No sé si sentirme humillada o satisfecha. ¿A tus anteriores amigas también las has rechazado tan diplomáticamente?

Dean Norton dejó el vaso sobre la mesa tras apurar su contenido y estiró sus manos atrapando a Victoria por la cintura mientras sus ojos adquirían un brillo significativo.

—¡No, no, suelta, suelta! Te creo. —Riendo, añadió—: Canalla.

Se soltó con un sensual movimiento de caderas y se dirigió hacia la puerta.

Ya descendiendo, Victoria le recordó:

—Tu «Jaguar» sigue en el *parking* del salón de modas.

—Utilizaremos tu «Mini». Es un coche pequeño, pero muy maniobrable.

—Lo que tú quieres es que nos sigan, ¿verdad? Si nos han telefoneado es que saben dónde encontrarnos.

—Es cierto. No les va a ser muy difícil seguir a un «Mini» rojo si además no conducimos deprisa y somos muy respetuosos con las normas de circulación —observó Dean con picardía, pues lo que estaba deseando era ser seguido.

Dean se puso al volante del «Mini», y cruzando Londres, se dirigieron a su aeropuerto internacional. La densidad de tráfico era intenso, pero Dean no cesaba de vigilar por el retrovisor.

—¿Nos siguen?

—No estoy seguro, hay mucha gente que se dirige al aeropuerto, pero no me extrañaría que así sucediera. Cualquier tipo sospechoso nos puede llevar a engaño, lo importante es que nos fijemos en las personas que nos siguen y luego, si volvemos a ver su rostro en otro punto, podremos tener alguna seguridad.

—¿Y qué vamos a hacer en el aeropuerto?

—Ya lo verás.

Dean Norton detuvo el «Mini» en el *parking* y luego ambos se dirigieron al servicio de taquillas metálicas automáticas.

—¿Vas a comprobar si la llave que encontré en mi llavero pertenece a estas taquillas?

—Sí. No sabemos qué lugar escogió Alice para esconder lo que esos tipos que la asesinaron buscan con tanto empeño.

Dean introdujo un chelín en la taquilla correspondiente al número treinta y tres que aparecía libre. Salió la llave. Dean miró su interior, vacío, y luego cerró la puerta con llave, guardándosela en el bolsillo.

—Ya podemos irnos.

Mientras caminaba aprisa para mantener el paso de Dean, Victoria objetó perpleja:

—Si la llave de Alice tiene el número setenta y siete...

—Sí, pero con ver la llave treinta y tres, tengo suficiente.

—No entiendo.

—Es fácil. Las dos llaves no se parecen en nada. La llave de estas taquillas tiene el distintivo del aeropuerto y la llave setenta y siete no lo tiene; por lo tanto, no pertenece a estas taquillas.

—Entonces, ¿por qué te has llevado la treinta y tres?

—Muy sencillo, porque si hay alguien observándonos creerá que hemos comprobado si había algo en dicha taquilla.

—¿Tratas de confundir a unos posibles seguidores?

—Exactamente. Si ellos tienen una ligera idea del lugar donde Alice pudo esconder lo que buscan, es mejor darles un número erróneo; así quedarán confundidos. Ahora, iremos a la estación marítima internacional de Southampton y seguiremos el mismo sistema. Después, a la estación central de autobuses e insistiremos con el treinta y tres, ese número será como un boleto de apuestas para nosotros.

—¿Y si en algún grupo de taquillas metálicas está la que buscamos?

—Tengo la llave y en cuanto aparezca otra igual, en la que sólo varíe el número, habremos dado en el clavo.

Prosiguieron la marcha con el «Mini», seguros de ser seguidos, pero sin saber todavía por quién.

Un semáforo se puso en rojo. Dean pisó a fondo los frenos del «Mini», y éste chirrió escandaloso, llamando la atención tal como se

proponía Dean mientras opinaba:

—Creo que, por ahora, no intentarán asesinarnos hasta que obtengan la llave que les abra la taquilla que ya saben estamos buscando.

—Pues sí que es un consuelo pensar que pueden matarnos mañana y no hoy.

—Mientras hay vida, hay esperanza, encanto. Esos individuos deben de estar nerviosos, lo que me gustaría saber es qué obtuvo Alice para que le costara la vida y en forma tan brutal.

El semáforo se había puesto verde y los que estaban tras el «Mini» comenzaron a tocar el claxon con insistencia; no habían transcurrido ni dos segundos desde que había cambiado el color de la luz.

* * *

Dean Norton llevó a Victoria a comer a un recoleto restaurante finlandés del Soho, donde tomaron unos pescados bálticos sabrosamente condimentados.

Victoria había notado que aquellas salsas, picantes y extrañas para su paladar, le habían hecho ingerir una buena cantidad de bebida, un blanco vino borgoñés que le daba una sensación de euforia y placer.

Salieron del exótico restaurante. Delante, en la otra acera, había un club de *strip-tease*. En el gran cartelón de anuncio había diversas figuras femeninas, tan vestidas como pudiera estarlo Eva antes del pecado original.

—No están mal, ¿eh?

Victoria sonrió, añadiendo despectiva:

—El dibujante es malo, muy malo, se le ha escapado el color y las líneas son exageradas. En fin, no creo que termine en el Louvre de París.

—A lo peor es que estaba demasiado atento fijándose en las modelos.

—Los que pintan carteles utilizan fotografías para copiar, casi nunca el modelo directo.

—En ese caso, se quedaría frustrado; con razón le ha salido mal.

Riendo, se alejaron del Soho.

Dentro del «Mini», coche en el que Dean tenía que encogerse para entrar, pero que luego respondía bien en la conducción, llevó a Victoria al *parking* del apartamento que tenía en Pall Mall. El «Jaguar» seguía en el *parking* privado de la casa de modas, posiblemente vigilado por la policía en espera de que él regresara.

—Ahora te quedarás aquí, dentro del coche.

—¿Cómo, no me subes a tu apartamento? —preguntó la joven, con un mohín de picardía.

—Primero quiero subir yo, quizá tengamos visitas desagradables. Si dentro de un cuarto de hora no he bajado, llama al teniente Hubbard y pídele que los muchachos de Scotland Yard suban a rescatar mi cadáver.

—¡Dean!

La besó en los labios. Ella, a causa de la caricia, se vio forzada a cerrar sus brillantes ojos azules.

—Es una broma. Espero que no haya nadie, pero es mejor que no arriesgues tu pellejo y te quedes aquí hasta que baje diciéndote que no hay moros en la costa.

—Ten cuidado, Dean. Acuérdate de lo que le hicieron a Alice.

Salió del aparcamiento y tomó el ascensor con naturalidad, pero no se detuvo en el piso que le correspondía, si no que subió a la azotea del edificio.

Trepó por una pared y se introdujo en el hueco de ventilación de los cuartos de aseo. Allí había tuberías con resistentes aros de hierro que las fijaban a las paredes del angosto conducto por el que Dean comenzó a descender arriesgadamente.

Sabía que la ventana de su cuarto de baño sólo estaba fijada con un ganchito y cuando se situó frente a ella, pasó el dedo por el resquicio y lo levantó. Después, con la agilidad propia de un gimnasta, pasó al interior de la estancia y allí permaneció atento.

No se oía nada anormal, pero Dean Norton olió un tabaco que no era el suyo y Victoria no había traído, cigarrillos consigo.

Carecía de armas, no solía usar revólver en Londres y ello le ponía en manifiesta inferioridad. Si quería salir con bien del encuentro debía de actuar con rapidez en el momento de entrar en acción, pero primero atisbo abriendo la puerta con suavidad.

Sentado en el sofá había un hombre.

Tenía una pistola en la mano y vigilaba el vestíbulo que daba al

salón.

Dean Norton sonrió.

«Sólo es uno; espero que no haya más», se dijo.

Avanzó hacia el sofá de puntillas, quería atraparlo por la espalda, pero aquel tipo debía de tener un sexto sentido.

Se revolvió hacia lo alto con la pistola en la mano, mas no tuvo tiempo de encañonar a Dean Norton, quien le atenazó la muñeca doblándosela con tanta violencia que le arrancó un alarido de dolor. Le dio un fuerte empujón que lo tiró al suelo al tiempo que se apoderaba de la pistola de aquel tipo que, no cabía duda, le estaba esperando y que ahora le miró con miedo.

—¿Cómo ha entrado, por dónde?

—Usas tabaco malo, amigo. Ha sido fácil oler que las raías se habían metido en mi apartamento.

—Pero ¿por dónde has entrado?

—Algún día te lo explicaré. Ahora pégate al suelo, boca abajo y con las manos a la nuca.

—¿Y si no obedezco? —preguntó con tono de desafío, tratando de sonreír irónico.

—Tú mismo. Si quieres problemas, sólo tienes que buscártelos. Por el momento, ya estás en dificultades.

—No se atreverá a disparar; tendría problemas con su embajada.

—Posiblemente —admitió Dean—, pero ya sé que no terminaré como embajador; tengo demasiados manchones en mi expediente diplomático. Uno más no me va a hacer llorar.

Dean le propinó un puntapié en el muslo que lo puso boca abajo aún en contra de su voluntad.

—Ahora, las manos a la cabeza o tomaré tu cráneo por un balón de fútbol.

El tipo obedeció, no quiso buscarse dolores innecesarios.

Dean le cacheó, quitándole una navaja automática de punta muy aguda y afilada.

Aquel sujeto no parecía llevar nada más importante encima, salvo una cartera con documentación que Dean supuso falsa.

—John Brown Smith, un nombre demasiado vulgar para ser auténtico.

—No tengo otro. Somos muchos los John Brown Smith en Londres.

—Lo imagino, como Dupont en París, o Pérez en Madrid.

—Lo siento, no tengo otro nombre.

—Ya te lo sacará la policía. Seguro que tendrá tu ficha y no demasiado escondida, no eres de los tipos más listos.

—¿La policía? ¿Para qué ha de llamar a la policía? Éste es un asunto a solventar entre nosotros.

—Eso todavía está por ver.

—Usted dijo que deseaba hacer un trato y yo estaba aquí para eso. Por lo visto, es un tipo violento y muy susceptible.

—Sí, en especial cuando me esperan dentro de mi casa con una pistola provista de silenciador en la mano. —La observó y añadió en tono de pregunta—: ¿Fue con ésta con la que te cargaste al camarero del Black Love Club?

—¡Yo no he matado a nadie!

—Supongo que tendría que patearte los riñones para que hablaras, pero el asesinato del camarero es asunto tuyo y no mío, claro que querías liquidarme a mí y no al pobre camarero.

—Frank tenía que matar a la chica.

—Vaya, con que fue Frank...

Aquel hombre miró a Dean desde su incómoda posición. Comenzaba a preocuparse, de momento ya había hablado demasiado acusando a su compañero.

—¿Para qué ir con tantos rodeos? Usted quiere hacer un trato, ¿no es eso?

—Sí, pero quiero hacerlo con el jefe. Ése fue uno de los primeros puntos que especifiqué.

—Al parecer, al jefe le gustan los intermediarios —gruñó Brown.

—Pues a mí me gustan las conversaciones a nivel de presidencia.

—Yo no conozco al jefe; sólo sé que exige mucho y paga siempre.

—Tengo la garganta demasiado pequeña para tragarme esa bola, John Brown.

—Aunque me desollaras vivo no conseguirías que te dijera quién es, porque yo tampoco lo sé, y, francamente, me gustaría saberlo.

—¿Para qué? ¿Para chantajearlo también?

—Si yo fuera idiota, le chantajearía.

—¿Le tienes miedo?

—Con el jefe no se juega.

—Alice no es la única que ha muerto en sus manos, ¿verdad?

—¿Y a mí qué me cuentas?

Le puso el cañón del arma en la nuca, advirtiéndole:

—No voy a perder tiempo. Habla o no hay trato con nadie. Si te entrego a la policía te van a culpar de la muerte de la chica y del camarero, además de allanamiento de morada. Como presupongo que eres reincidente, te vas a pasar la vida en la cárcel, y frente a un porvenir tan halagüeño, supongo que a la policía se lo vas a contar todo y a mí me van a dar una medalla en mérito a los servicios prestados a Scotland Yard aún siendo extranjero.

—Si me coge la policía, no confesaré nada, absolutamente nada y nada podrán probar. Ni siquiera es ésta la pistola con la que asesinaron al camarero.

En aquel instante, llamaron a la puerta del apartamento y ambos dirigieron sus respectivas miradas hacia ella. Para los dos resultaba un problema la llamada. ¿Quién estaría al otro lado?

CAPÍTULO VIII

Dean Norton pensó en Victoria, se acordó del plazo de tiempo que le había dado. ¿Habría llamado al teniente Hubbard?

—Sería divertido que viniera ahora la policía —gruñó John Brown.

—¿No la temes?

—Ya te he dicho que no podrán cargarme ningún muerto y tú vas a perder tu trato con el jefe.

Dean Norton se acercó a la puerta.

Mirando por el diminuto visor, pudo contemplar el rostro de Victoria. Abrió la puerta y lo que vio entonces le desagradó, pero ya era demasiado tarde para evitarlo.

—Buenas noches, yanqui —saludó sarcástico aquel tipo que tenía asma y, además, una

P-38

con silenciador que estaba apuntando al cuerpo de Victoria que permanecía quieta, asustada, con una mano doblada a la espalda y que de vez en cuando el tal Frank le retorció como buscando placer en el dolor de la mujer.

Dean Norton quedó en suspenso con la pistola en la mano.

Se daba perfecta cuenta de que la vida de Victoria corría peligro. Aquel sujeto era de los que asesinaban sin el menor escrúpulo; para él, la vida de una mujer no era más que la de una hormiga que quedara bajo su zapato.

El tal John Brown se levantó aprisa, jubiloso.

—Ya era hora, Frank. Creí que no llegabas nunca.

—Y por lo visto, el yanqui se te ha colado quitándote la pistola.

—Por la puerta no ha entrado. Este apartamento debe de tener alguna puerta secreta; ya conoces a los diplomáticos, son muy astutos y se ha olido que lo estábamos esperando.

—Ahora, yanqui, dale la pistola a mi amigo, es decir, devuélvesela o le hago unas perforaciones intestinales a tu amiguita.

Victoria clavó sus ojos azules en Dean Norton y, excusándose, explicó:

—No he podido hacer nada. Estaba escondido en el *parking*. Me ha

sacado amenazándome de muerte.

—Lo extraño es que el portero no me haya avisado.

—Es que yo he cortado el cable —dijo John Brown, satisfecho.

Al recobrar su arma, ansioso de venganza por el mal rato pasado, propinó un culatazo al mentón de Dean Norton, que lo lanzó contra la pared con un gesto de dolor.

—Quieto, John. Si lo matas, el jefe se va a molestar.

Empujó a Victoria hacia el interior del apartamento y cerró la puerta.

—¡Son unos asesinos! —acusó la muchacha.

—Encanto, si chillas sacaré mi navaja y, de momento, te haré una extirpación de lengua a lo vivo —advirtió el asmático Frank.

A punta de pistola, John empujó a Dean hasta el salón, haciéndolo sentar en el sofá. A Victoria la acomodaron en un sillón, a cierta distancia de él.

—No somos tan idiotas como pudiste pensar, yanqui. John te esperaba aquí arriba y yo en el *parking*, vigilando. Al ver que dejabas sola a la chica en el coche, me he oído algo feo y he pensado que valía la pena subir al apartamento acompañado por la rubia. No hay nada mejor que subir a un apartamento por la noche, bien acompañado. Si esa frase no la ha dicho nadie antes, la digo yo ahora.

—Bien, no hay por qué explicarse más. Decidle a vuestro jefe que quiero hacer un trato con él.

Frank miró a John y éste le respondió a la mirada.

—Ya le he dicho que nosotros somos los intermediarios. No se cree que yo no conozco al jefe.

—El jefe prefiere mantenerse en las sombras —puntualizó Frank.

—Con el legado de Alice, yo puedo sacarle de las sombras.

—Ni el jefe ni nosotros tenemos miedo, yanqui.

—Pues tu amigo, antes sí tenía miedo.

—Es un imbécil —masculló John, alzando la pistola con la evidente intención de golpear a Dean en la cara, pero Frank la detuvo.

—Quieto. Si le pegas demasiado puede sufrir amnesia y eso no nos conviene.

—John no tiene amnesia —puntualizó Dean, agregando—: Me ha contado que tú liquidaste al camarero por error en el club Black Love.

Frank observó a su compinche con irritación.

—¿Cuándo te callarás la boca?

—Me ha cogido por sorpresa. Yo no he confesado nada, absolutamente nada.

—Ya arreglaremos cuentas, imbécil. —Volviéndose hacia Dean, Frank masculló—: Tú no harás nada, porque nada sabes.

—Alice no murió baldíamente. Quien la asesinó pagará a la justicia —sentenció Victoria, con decisión.

Frank, suficiente, gruñó:

—Vosotros sabéis que Alice dejó algo, pero no sabéis dónde y es lo que vais buscando a ciegas.

—Si estás tan seguro, ¿por qué venís a visitarnos? —preguntó Norton.

—Ahora me darás las llaves.

—¿Qué llaves? —replicó Dean, con expresión inocente.

Victoria miraba preocupada a Dean Norton. Aquellos dos asesinos se saldrían con la suya, no podrían evitarlo.

—No voy a perder el tiempo —gruñó Frank, sacando una afilada navaja que sostuvo con la diestra mientras pasaba la pistola a la zurda. Se acercó con el arma blanca a Victoria y le puso el filo del acero en el rostro—. Comenzaré a hacerle cortes, limpios y profundos, bien rectos para que sea difícil que la cirugía estética pueda disimularlos. Cuanto más tardes en hablar, peor va a quedar la chica.

Victoria sintió la necesidad de chillar, de pedir auxilio, de gritarle a Dean Norton que la salvara, pero agarrándose a los brazos de la butaca, se contuvo.

Debía de ser valiente y confiar ciegamente en Dean. El también se estaba jugando la vida por ella, puesto que el problema se lo había planteado ella a él y no a la inversa.

—Está bien, vosotros ganáis, aquí están las llaves.

—Quieto con las manos. —Miró a John—: Tú, cógeselas.

John Brown asintió con la cabeza, acercándose a Dean para quitarle las llaves.

Éste le dio un inesperado patadón en el vientre que lo lanzó de espaldas. Acto seguido, saltó como una fiera por encima del caído para lanzarse sobre Frank, al que consiguió empujar antes de que hiriera el rostro de Victoria.

Frank era un tipo acostumbrado a las peleas y aunque acababa de perder la navaja, logró poner el cañón de su arma frente al rostro de Dean Norton.

—Un movimiento y te casco la cabeza.

Al mismo tiempo, por la espalda, tras haberse recuperado, John Brown le descargó un culatazo en la nuca mientras la muchacha ahogaba un grito.

—¡No lo maten, se lo suplico, no lo maten! El no sabía nada, nada. Frank se apresuró a registrarle los bolsillos y de él sacó varias llaves sueltas. Ambos hampones les observaron.

—Sí, son éstas, no cabe duda; tienen el número treinta y tres. Victoria, mirando a Dean tendido e inconsciente, parpadeó. Aquellos hombres habían caído en la trampa urdida por Dean cuando la misteriosa llave con el número 77 seguía en el llavero que le pertenecía a ella, mezclada con las llaves de su pequeño automóvil rojo. El llavero se hallaba en el bolsillo de la corta chaqueta que ahora vestía, pues ella misma las había quitado del contacto.

—¿Cómo os hizo saber Alice que la clave estaba en la llave treinta y tres? —preguntó Frank a Victoria.

—No me acuerdo...

La joven sabía que tenía que responder algo y rápidamente, algo que se lo pudieran creer.

—De acuerdo, si no hablas lo harás luego.

—¿Luego?

—Sí, porque te vas a venir con nosotros.

—¡No!

Frank, el sádico asmático, aquel tipo al que recordaba de cuando le taparan los ojos y la boca y cuyas manos había sentido sobre su cuerpo casi desnudo, produciéndole escalofríos de terror, masculló:

—De acuerdo. Si no te vienes con nosotros, lo liquidamos a él. ¡John!

—Entendido.

John Brown apuntó con su pistola, provista de silenciador, a la cabeza de Dean Norton.

—¡No, no lo maten, se lo suplico!

—Entonces, te vienes con nosotros. Si estás en nuestro poder, él será buen chico. Ya le daremos órdenes por teléfono. En cuanto a ti,

preciosa, nada te ocurrirá si te portas bien.

—No te sucederá lo que a Alice porque ella fue más estúpida que tú. Andando.

Antes de que se la llevaran aquel par de sicarios, Victoria dio una última ojeada a Dean Norton que tenía su cabello albino manchado en rojo a la altura de la nuca. El culatazo había sido excesivamente brutal.

* * *

A Dean Norton le dolía horriblemente la cabeza. Era como si alguien con botas de tacones de acero le estuviera pisoteando la nuca. Despacio, se llevó la mano al lugar de la herida. Allí había algo duro, la sangre reseca que había pegado su pelo.

Se removió en el suelo y ante sus ojos vio unos zapatos entre lucecitas brillantes.

—¿Se encuentra ya mejor, Norton?

Levantó los ojos siguiendo las piernas enfundadas en unos correctísimos pantalones.

—Ah, es usted, teniente Hubbard.

—Veo que le han dado fuerte en la cabeza. Estaba a punto de llamar a una ambulancia para que lo trasladasen al hospital central, pero he visto que comenzaba a moverse y he decidido esperar. ¿Quiere que avise a un médico?

—Oh, no, gracias.

Se arrodilló primero y luego se puso en pie; andaba ligeramente tambaleante.

Fue al mueble-bar y tomó una botella de *whisky*.

La descorchó y tomó directamente del gollete un largo trago.

—Quien le ha golpeado lo ha hecho a conciencia. ¿Se había acordado usted de su madre antes de que le atizase?

—No, se me olvidó llamarle hijo de perra y luego ya estaba dormido. —Le tendió la botella—. ¿Quiere usted un trago?

—No, gracias.

—Si es por el vaso...

—No, gracias —insistió—. No bebo cuando estoy de servicio.

—Es usted un sujeto muy cuidadoso, digno heredero de lord Green Wood.

—Vaya, ¿ya se ha enterado?

—Sí, ¿cómo no? Me lo ha contado mi propio embajador.

—No me gusta hablar de mí mismo ni de quién soy en realidad. Deseo ser tan sólo el teniente Hubbard, de Scotland Yard.

—Sí, el hombre inteligente y bueno que defiende la ley y la justicia. Por cierto, ¿me andaba siguiendo?

—Se dejó usted olvidado el coche en el *parking* privado de una casa de modas.

—Luego, ¿admite que me seguían?

—Admito que sigue siendo usted un sospechoso.

—¿Pese al matasellos que me han dejado impreso en la nuca?

—En ocasiones, he conocido a delincuentes muy astutos. Si usted dice la verdad, debía de ser más franco con la policía.

—¿Más franco? No entiendo.

—Creo que oculta algo. De lo contrario, no habrían venido a verle ni se hubieran marchado con su amiga Victoria.

—De modo que lo sabe...

—El conserje de este edificio vio a dos tipos sospechosos. Le llamó a usted y comprobó que su interfono no funcionaba. Llamó luego a la puerta y usted no respondió. Como no le había visto salir, decidió llamar a Scotland Yard. Como yo llevo el caso en el que aparece su nombre, me han avisado inmediatamente y he venido con prontitud, claro que le he pedido al conserje la llave maestra.

—¿Sin orden judicial?

—Es cierto —admitió con una sonrisa no exenta de suficiencia—. Pensé que podía estar en un grave aprieto pero, ya ve, no he tocado nada. Me he limitado a esperar que se levantara; el conserje es testigo.

El conserje, que había permanecido en silencio en el pequeño vestíbulo, asintió.

—Es cierto, señor Norton.

—Bien, gracias por llamar a la policía; ahora puede marcharse.

—Celebro que no haya sido nada grave, señor Norton —dijo el conserje antes de marcharse.

—Bien, no tema, no voy a quejarme porque un hombre de Scotland Yard haya penetrado en la morada de un adjunto a la Embajada norteamericana sin orden judicial. Admito que lo ha hecho usted por mi bien.

—Eso es lo correcto.

—Pero usted tampoco irá a lloriquearle al embajador.

Hubbard carraspeó ligeramente.

—Norton, yo sólo trato de capturar a un asesino que ahora parece que son más.

—Sí, son más, ya se lo contó Victoria cuando le explicó el asalto de que había sido objeto en su buhardilla.

—Sólo tenía su palabra; no era posible demostrar nada. Ahora ya tengo el testimonio de su conserje: dos individuos, el uno más alto que el otro.

—Uno se llama John Brown Smith.

El teniente Hubbard rió quedamente.

—No pretenderá que lo encontremos con ese nombre, ¿verdad? Los hay a miles en Londres.

—Sí, pero el otro se llama Frank y es ligeramente asmático. Además, va armado con la

P-138

provista de silenciador con la que asesinaron al camarero del Black Love Club.

—Eso ya son más datos, aunque por el nombre de Frank, en fin, le sugiero que venga a Scotland Yard. Allí tendrá tiempo de revisar archivos hasta localizarlos.

—Gracias, pero es posible que perdiéramos mucho tiempo y el tiempo es ahora precioso.

—¿Teme por su amiga?

—¿Cree usted que ya será tarde?

—Nunca se sabe. A lo peor ya está flotando en el Támesis, bárbaramente asesinada como su compañera de buhardilla.

—¿Y cómo sabe usted que son una pandilla organizada?

—Hay varios implicados en este asunto, teniente. Está John Brown, Frank, el desconocido jefe, y George.

—¿Quién es George?

—Un rufianejo, un tipo que vive de las mujeres, de las viejas y de las jóvenes. Es curioso, pero el dinero se lo saca a las jóvenes.

—¿Y qué saca de las viejas?

—Posiblemente, muchos favores, la entrada al gran mundo donde se desenvuelve y quién sabe qué más.

—¿Qué tiene que ver ese George con Victoria?

—Nada.

—Entonces, no entiendo.

—Mire, teniente, a ese tipo le apreté las clavijas y hablará; no voy a dejar que le suceda nada a Victoria.

—Si intenta alguna agresión, puede costarle muy cara. Las leyes inglesas son severas.

—En vez de estar aquí tan tranquilo, debería de estar buscando a Victoria.

—¿Por dónde, Norton? —Con sarcasmo, agregó—: ¿Por el Soho, por Paddington, por Portobello donde había sido vista Alice? Londres es inmenso, hay muchos millones de hombres y mujeres que se mueven de un lado a otro. Buscar a tientes es una tontería y me parece absurdo que usted me lo proponga. Por supuesto, pasaremos la fotografía de Victoria Hanson a los agentes por si la han visto, pero puede estar encerrada en cualquier parte o muerta ya, claro que si usted me diera más detalles, algo más concreto... Le conviene. Quizá al final me canse de su intromisión en un caso policial de exclusiva dependencia inglesa y le detenga.

—¿Cree que me retendría entre barrotes durante mucho tiempo?

—Por supuesto que no, pero unas cuantas horas sí. Sería suficiente para que su nombre apareciera en la Prensa y su embajador se pusiera furioso. ¿Cuánto cree que tardaría el gabinete de Asuntos Exteriores norteamericano en sacarle de Inglaterra y someter a profundo estudio su proceder? Posiblemente sería apartado de la diplomacia.

—No me gustan las amenazas, teniente Hubbard. Márchese y déjeme en paz, es decir, busque a Victoria. Ella nada tiene que ver con la muerte de Alice, se la llevaron estúpidamente.

—Algún motivo tendrían para llevársela.

—Green que yo sé mucho e intentan presionarme con ella.

—¿Y de veras sabe mucho?

Dean Norton le miró a la cara y respondió despacio:

—Lo suficiente para que paguen por lo que han hecho.

—Entonces, le conviene confiar en Scotland Yard. Usted no es la ley aquí. Londres no es el Oeste americano de hace un siglo. No admitimos las *vendettas*.

—Márchese o tendré que llamar yo mismo al embajador para decirle que mi domicilio ha sido allanado sin orden judicial y eso

puede traerle complicaciones con el Foreign Office.

El teniente Hubbard, elegante y engolado, se levantó. Suspiró moviendo la cabeza negativamente.

—Es una pena, una pena. Puede que su amiga Victoria pague su testarudez, Norton. No confía en Scotland Yard.

—No he dicho tal cosa.

—Digamos que se considera una especie de Supermán que va a arreglarlo todo. Una lástima. Cuando llegue el cadáver de Victoria Hanson a la Morgue, ya le avisaré para que lo identifique y no será necesario recordarle que es usted culpable de su muerte.

—No la matarán.

—Parece muy seguro de ello.

—No la matarán porque primero querrán saber algunas cosas que yo puedo decirles.

—Insisto en que me diga qué son esas cosas. Si no me lo dice por las buenas, tendré que hablar con mis superiores y le citarán a usted. Se le puede acusar por ocultación de pruebas a la policía.

—Acúseme de lo que quiera, pero no olvide que deberá de tener pruebas.

—Las encontraré, Norton, las encontraré. De momento, su domicilio ha sido violado por dos extraños.

—Yo no he presentado denuncia alguna.

—Una mujer ha sido secuestrada aquí.

—¿Puede usted probar que ha sido secuestrada?

—Es usted muy listo, ¿eh?

—Lo suficiente para saber qué es lo que más me conviene. Buenos días, teniente Hubbard.

Se había creado una cordial antipatía entre los dos hombres. Eran dos formas distintas de vivir, dos pensamientos opuestos, y ello hacía que el uno no se fiara del otro.

Dean Norton, tras cerrar la puerta, tomó otro trago de *whisky* y se dirigió al cuarto de aseo.

Allí se miró al espejo y se preguntó si hacía bien en no revelar más detalles a la policía para que buscaran a Victoria, pero sabía que sería una búsqueda infructuosa que además haría peligrar su vida.

Tras aquel pensamiento comenzó a desnudarse y preparó la ducha. Debía de estar bien despejado antes de actuar.

CAPÍTULO IX

Se sentía como nuevo después del duchazo, con ropa limpia y un bocadillo comido a toda prisa para que no le fallaran las fuerzas en el momento más inoportuno.

Descendió al *parking* del edificio. Allí abajo estaba el «Mini». Dean abrió la portezuela y buscó el llavero que tenía la llave con el número 77, pero allí no estaba y se quedó pensativo.

—¿Lo tendrá Victoria?

El coche no estaba bloqueado por el antirrobo, por lo que decidió hacer un puente en el motor. Lo puso en marcha como si lo estuviera robando y montando en él, abandonó el aparcamiento dirigiéndose hacia la casa de modas.

Allí se introdujo en el *parking*; era ya tarde y el cuidador le cortó el paso.

—Lo siento, pero ahora no puede ser.

—Oiga, es que mi coche está ahí abajo.

—¿Su coche, señor? Si usted va en él.

—No, mi coche es un «Jaguar». Vea mi documentación, tuve problemas y...

—Ah, sí, señor Norton; es el «Jaguar».

Dean le largó un par de libras y el empleado se apresuró a hacerle pasar. Poco después, Dean Norton regresaba a la calle, esta vez a bordo del «Jaguar» que le pertenecía. El «Mini» rojo quedó en el aparcamiento de la casa de modas.

Temía que el teniente Hubbard, por la negativa a proporcionarle ayuda, hubiera comenzado a formular sus quejas por escrito a la Embajada norteamericana, y en ese caso, iba a tener dificultades.

El embajador ya se lo había advertido, pero la vida de Victoria estaba en peligro y él no iba a dejar que apareciese cualquier mañana flotando en el Támesis, desnuda y bárbaramente asesinada como su amiga Alice.

Se dirigió a Holborn Street.

Era ya de noche y había poca circulación. Los faroles alumbraban un asfalto limpio. El lugar era céntrico y elegante a un tiempo.

Detuvo el «Jaguar» frente a la sombrerería y se quedó observándola. Había un rótulo largo y viejo de cristal con letras rojas sobre fondo negro.

Sí, una sombrerería muy especializada, para hombres elegantes. ¿Cuántos miembros de la Cámara de los Lores se habrían encasquetado allí un sombrero?

Sacó de la guantera un paquete de cigarrillos americanos. Se puso uno en la boca y le prendió lumbre con el mechero del propio automóvil.

La persiana metálica estaba bajada, pero dejaba ver un anacrónico escaparate con sombreros que semejaban anclados en el tiempo. Una espesa cortina negra cubría el interior, incluso la puerta de cristal que había tras la persiana metálica formando rombos.

«Ése es el nido de los cerdos; ahí tengo que encontrar algo», se dijo. Estaba convencido de que George sabía más de lo que le había dicho y ahora tenía sobrados motivos para presionarle.

George estaría asustado, a lo peor se había largado, pero se dijo que no, no iba a tirar por la borda todo lo que le había costado conseguir durante años de rufianismo.

Mientras fumaba, Dean Norton pensaba. No había dado un largo rodeo para despistar a la policía que le estaba siguiendo para quedarse ahora sin nada.

No, no podía ser que aquélla sombrerería, tapadera de un negocio sucio, estuviera totalmente cerrada. Tendría alguna entrada especial que los viejos que contrataban los servicios que ofrecía George pudieran usar sin dificultades.

Abandonó el «Jaguar» y se internó en un portal oscuro que había junto al establecimiento.

Encendió la pequeña linterna de que se había provisto y no tardó en hallar una puerta dentro del vestíbulo de aquella escalera.

Era pequeña, de madera negra y con adornos de latón ennegrecido. Se había traído unos alambres para utilizarlos como ganzúas y comenzó a hurgar en la cerradura, despacio y silenciosamente.

Escuchó el ruido de unos pasos. Estaba atento y pudo esconderse pegado a la escalera.

Una mujer cincuentona, llevando a un pequeño perro que comenzó a ladrar, pasó cerca de él. Dean se congratuló de que fuera un caniche toy y que lo llevara en brazos.

—Vamos, cielo, si no hay nadie. No sé por qué tienes que ladrar siempre en la escalera —le dijo la mujer, sacándolo a la calle.

Dean había permanecido en tensión. Si la policía le descubría entrando furtivamente en la sombrerería, podrían acusarle de un montón de cosas. Sería un placer para el teniente Hubbard capturarlo en tal situación.

Regresó a la puerta, y tras unos minutos de esfuerzo, consiguió abrirla.

Se deslizó como una sombra a su interior y cerró tras de sí, siempre con sigilo.

Tras caminar unos pasos, se halló tras el largo mostrador de la tienda.

Desde allí podía ver las luces de la calle. Un poca de claridad de la misma se filtraba al interior del establecimiento, pese a las cortinas, que no sobrepasaban los dos metros de altura, mientras que las cristaleras tendrían tres metros.

Lo que Dean Norton ignoraba en aquellos instantes es que una mano enguantada, no muy lejos de donde él se hallaba, soltaba el disparador de un aparato de relojería especial para artefactos explosivos.

Había comenzado el

tic-tac,

la cuenta atrás que no terminaría hasta que la bomba hiciera explosión.

Temiendo que su pequeña luz fuera descubierta desde el exterior, pues podía extrañar al policía de turno en la calle, cruzó una puerta que había al fondo y pasó a un almacén cubierto por unas claraboyas por las que penetraba luz lunar. Pese a ser escasa, resultaba suficiente para los ojos de Dean Norton, ya acostumbrados a aquella semioscuridad.

Allí había estanterías con sombreros que posiblemente jamás saldrían a la calle. Aquel negocio, antaño próspero, se había hundido, los sombreros no eran ya venta segura. Los hombres, calvos o no, preferían llevar la cabeza descubierta.

Escuchó un ruido por encima de él.

Miró hacia lo alto y descubrió un ventanuco tapado por cortinas del que escapaba luz. A aquel lugar se llegaba por una escalera de madera, era como un altillo.

«¿Será esto el nido de amor que explota George?», se preguntó. Comenzó a subir la escalera, pero uno de los peldaños crujió de forma escandalosa. Automáticamente, en lo alto se apagó la luz.

Le habían descubierto y debía de estar atento.

No llevaba armas y quien estuviera arriba sí podía llevarlas, por lo que decidió ascender por los escalones casi pegado a ellos. Si le disparaban, que la bala pasara por encima de su cabeza.

Cuando llegó a lo alto, se enfrentó con la puerta. Giró el pomo y la empujó suavemente, pero siempre haciéndose a un lado fuera del umbral.

Cuando abrió la puerta, sonaron dos taponazos, sendos fogonazos iluminaron bravísimamente la estancia, pero los plomos se perdieron hacia el fondo del almacén, incrustándose en algún sombrero viejo antes de ser estrenado.

La mano de Dean Norton tanteó la jamba hasta encontrar el interruptor de la luz. Lo hizo girar, iluminando la estancia que antaño pudo ser el despacho de la sombrerería.

El momento debió de ser confuso para el hombre de la pistola.

Norton saltó de costado al interior de lo que ahora era una habitación.

—Hola, John Brown.

El sicario vaciló. Ya había hecho dos disparos más sin acertarle a su visitante, que parecía gozar de la protección del diablo.

Dean Norton se le abalanzó y ambos cayeron al suelo.

Dean le retorció la mano armada hasta que John Brown perdió la pistola, no sin haber hecho otro disparo que pasó a escasos centímetros de la cabeza del americano, obligándole a cerrar el ojo para que no se lo chamuscaran.

El sicario intentó inútilmente quitarse de encima a Dean. Éste le golpeó con dureza, asestándole varios puñetazos en la mandíbula.

Brown notó que sus piernas flaqueaban y como un boxeador inexperto ante un campeón, se hundió en un K. O. Antes de caer, encajó el último puñetazo que lo hizo saltar como un pelele. Cayó sobre un maletín negro que había en el suelo, cerca de la cama.

Dean suspiró y se alisó los cabellos utilizando los dedos como peine. Miró la cama ancha, grande, mullida, elegante y algo barroca. Sobre ella, tendido boca arriba en dos orificios en el pecho, estaba George con los ojos abiertos, pero ya sin vida.

John Brown lo había asesinado en aquella alcoba amueblada con elegancia, con cierto barroquismo que cuadraba con los hombres que debían de acudir allí a una cita de amor concertado. George había pagado su vida de proxeneta con su propia piel.

De su pantalón colgaba un valioso llavero de oro. Dean, por instinto, tiró de él. Observó varias llaves, una de las cuales tenía el número cincuenta y siete, y optó por guardárselas en su bolsillo.

Temiendo que Frank pudiera estar cerca de allí como había ocurrido con su apartamento, se dirigió hacia la puerta disponiéndose a apagar la luz. Utilizaría su linterna y recogería la pistola de John Brown, pero cuando cerraba el interruptor, ocurrió lo que no había previsto por ignorarlo.

La bomba incendiaria hizo explosión. Fue un estallido sordo pero eficaz.

El propio Dean habría sido alcanzado de no haber caído Brown sobre la bomba, paradójicamente preparada por él, y con su cuerpo había impedido que el fuego se propagara en todas direcciones.

La habitación comenzó a arder y Dean carecía de medios para apagar aquel fuego.

John Brown, que por efectos de la explosión se había levantado unas pulgadas en el aire, se retorció envuelto en llamas. La mayor parte de la carga incendiaria se la había llevado él, pero las ropas del lecho prendieron con rapidez.

Dean descubrió un teléfono sobre una alta cómoda. No dudó en llamar a los bomberos sin decir quién era. Acto seguido, abandonó la sombrerería a toda prisa, antes de que le descubrieran. No era fácil acusarle de lo que allí había ocurrido, pero podían crearle muchos problemas.

CAPÍTULO X

Dean Norton enfiló el motor de su «Jaguar» frente a la verja de la gran mansión ubicada en las afueras de Londres.

Tocó el claxon con insistencia hasta que apareció el guardián de la portería.

—¿Qué desea el señor?

—Ver a lord Green Wood.

—¿Está citado?

Norton prefirió mentir.

—Me está esperando. Vamos, abra la puerta, tengo prisa.

El vigilante, intimidado por las palabras apremiantes del americano, le franqueó la verja.

Rodó por el jardín haciendo crujir la grava hasta detenerse frente a la casa. Allí se apeó del coche y cruzando el zaguán quiso internarse en la mansión, pero la puerta estaba cerrada. Pulsó el timbre.

Salieron a recibirle dos fornidos criados de aspecto severo y poco amistosos.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Norton. Soy de la Embajada americana y quiero ver a lord Green Wood. Díganse.

Tras aquellas palabras, sacó un cigarrillo del bolsillo y colocándose entre los labios, le prendió lumbre.

Los criados se miraron entre sí y uno de ellos se internó en la mansión. El otro continuó en la puerta sin permitir el paso al americano. Al fin, regresó el otro, comunicando:

—Lord Green Wood dice que le recibirá en su biblioteca.

Antes de penetrar en la mansión, Dean Norton llenó sus pulmones de humo y luego lo expulsó con fuerza. Acto seguido se internó en el suntuoso vestíbulo, aunque cuanto allí había tenía mucho tiempo, nada era nuevo.

Pasando por delante de rancios óleos, espesos cortinajes y oscuros bustos, Dean Norton fue conducido a la biblioteca. Allí, además de los anaqueles que llenaban las paredes, había una larga mesa. Sobre ella, una luz y un libro abierto.

Dean hubo de buscar cerca de la ventana para descubrir la sombra de un hombre, un hombre que parecía gustar de la penumbra.

—Usted dirá, señor Norton. ¿Es ése su nombre?

—Exactamente, lord Green Wood.

—Bien, supongo que tendrá algún motivo concreto para venir a verme. ¿Acaso la Embajada americana desea algo importante de mí o simplemente me busca porque pertenezco a la Cámara de los Lores?

—Usted y yo vamos a hacer un trato como buenos amigos.

—No le entiendo, señor Norton —repuso con su voz cálidamente cascada, sentándose en una silla frente a la mesa, algo distante de la luz que hacía destacar las letras impresas en las páginas del libro que reposaba abierto.

—Conviene que nos entendemos y pronto, lord Green Wood.

—Será mejor que aclare sus palabras, señor Norton. Estaba haciendo unos estudios de suma erudición y, francamente, mi tiempo no debe de ser desperdiciado.

—Si Usted y yo cerramos el trato, no le diré nada a su sobrino Hubbard.

—¿Mi sobrino? ¿Qué tiene él que ver conmigo?

—Es su legítimo heredero, ¿verdad? —preguntó, escrutando su rostro arrugado y el cabello cano que destacaba, pese a la escasa luz.

—Desde luego.

—Su sobrino es teniente de Scotland Yard y si le cuento lo que sé, no tendrá más remedio que dar los pasos oportunos para detenerle.

—¿Detenerme a mí? —Quedó perplejo y luego prorrumpió en una carcajada que no se molestó en contener—. Pero ¿se ha dado cuenta de con quién está hablando, señor Norton? Me temo que tendré que hablar con su embajador.

—No prosiga con amenazas; le tengo en mis manos.

—No me diga... ¿He de seguir riéndome o mejor será que llame a mis criados para que lo echen a puntapiés de esta casa?

—Alice dejó algo que a usted le interesa mucho.

—¿Alice, quién es Alice?

—No se haga el imbécil. Alice Tailford era la modelo que usted asesinó.

—¡Ya estoy harto! Quien va a llamar a mi sobrino para que traiga a

Scotland Yard, voy a ser yo.

—Hágalo —retó Dean, sentándose sobre la mesa mientras fumaba con indolencia.

—¡A mí no me desafía nadie!

—No siempre se ganan las guerras, lord Green Wood. Yo no voy a hacerle chantaje como Alice.

—¡No sé de qué chantaje me habla!

—Es inútil que siga negando, claro que tampoco le creo tan estúpido como para reconocer que Alice le hizo chantaje y por eso la asesinó. Yo podría llevar conmigo algún magnetófono oculto y grabar sus palabras. Una cinta no es una prueba muy fiel en un juicio, pero sirve para que se lleven a cabo molestos interrogatorios de donde termina saliendo la verdad. ¿Está de acuerdo conmigo?

—¿Qué es lo que se propone, Norton?

—Bien, lord Green Wood; está usted entrando en razón. De momento, acepta ya el diálogo para llevar a cabo el trato.

—Yo no acepto nada. No sé quién es usted, ni qué pretende, pero no voy a permitir que me involucre en nada sucio.

—He llegado hasta usted porque no soy tan tonto como podía suponer. John Brown ha muerto con su propia bomba incendiaria después de asesinar a George.

—No sé de quién me habla.

—George es un personaje muy conocido entre determinada gente rica. Su padre vendía sombreros elegantes y su abuelo también, pero ahora, él solía frecuentar el club hípico Blood-Horse y allí hacía pingües negocios, sucios pero pingües. Deslumbraba a jóvenes modestas, bellezas que luego vendía a maduros lujuriosos de los que sacaba un buen tanto por ciento.

—Si quiere acusar a ese George de proxenetismo, hágalo, nada tiene que ver conmigo.

—No se ponga nervioso, lord Green Wood. Digamos que Frank también ha hablado demasiado y uniendo unas cosas con otras he llegado a la conclusión de que usted era el jefe, el dueño de la situación, el verdadero asesino de Alice, porque Frank asesinó al camarero y John Brown a George, pero quien mató con rabia y brutalidad salvaje, apuñalando una y otra vez a Alice, fue usted, lord Green Wood.

—¡Está usted loco y le acusaré de calumnias!

—Usted no hará nada; es decir, sí, un trato conmigo.

—¡Márchese!

—Les he estado engañando como a idiotas con las llaves.

—¿Quééee?

—Sí, las llaves que se llevaron con el número treinta y tres, nada significan; es decir, sólo eran una trampa y sus hombres cayeron en ella. Claro que yo me llevé un buen culatazo en la nuca y Victoria fue raptada. Esto último es lo que más me preocupa.

—No sé nada de llaves ni de lo que me habla.

—Hace usted bien en seguir negando, pero a mí me interesa hablar. En muchas ocasiones se cree uno que está hablando a una pared y resulta que le están escuchando y con mucha atención.

Dean no podía ver si lord Green Wood estaba pálido o si le temblaban aquellas manos finas, suaves, blancas y sin arrugas. Era difícil saberlo, había muy poca luz en la biblioteca, en general en toda la mansión que resultaba lúgubre.

—No sé cómo le estoy soportando todavía, señor Norton. Quizá sea por pura cortesía inglesa.

—Quiero a Victoria y sin un solo rasguño. A cambio le entregaré la verdadera llave con la que podrá recoger el legado de Alice y destruirlo. Se habrá terminado el chantaje. Ya ve que pido poco; claro que si no se aviene a razones, llamaré a su sobrino y le pediré una entrevista con su jefe superior. Creo que habrá que ir por las alturas para poder arrestar a un lord de prestigio como es usted. A la una de la madrugada quiero verle en el club hípico Blood-Horse con Victoria. Allí le entregaré la llave a cambio. Sólo pido su vida, pero si no hay trato, avisaré a su sobrino de Scotland Yard y habrán comenzado los problemas para usted. Le queda poco tiempo para pensarlo; sólo unas horas. Hasta luego, lord Green Wood.

Tras aquellas palabras, dejando cortado al aristócrata, abandonó primero la biblioteca y luego la mansión mientras unos ojos oscuros seguían atentamente su marcha tras los cristales.

* * *

En el club hípico Blood-Horse había silencio, mucho silencio, hasta los vigilantes de las caballerizas dormían. Un perro ladraba a lo lejos y la pista de hierba estaba bañada por la luz lunar.

En aquellos momentos, la pista hípica carecía de la brillantez que había tenido durante el día, cuando el propio Dean Norton rebasara el obstáculo montado en un pura sangre, dándole una lección a George ante las damas de las que tantos favores obtenía.

Dean aguardaba escondido entre los arbustos de uno de los saltos de obstáculos.

En la terraza aparecieron dos bultos, eran dos figuras humanas. Una de ellas tenía el pelo cano y la otra era una mujer de larga cabellera rubia.

—¿Está ahí, Norton? —preguntó el viejo.

—Le estoy esperando, lord Green Wood —respondió desde la pista, pero sin dejarse ver.

—Le advierto que tengo a Victoria encañonada con una pistola y si intenta alguna treta, la mataré.

—Le espero aquí y no intente dispararme porque jamás encontraría lo que desea, y todo su secreto, el secreto por el que Alice le chantajeaba, caería en manos de la policía.

—Está bien, déjese ver o no hay trato.

Dean apareció por detrás de los arbustos. Lord Green Wood empujó a Victoria que tenía las manos atadas a la espalda y ojos y boca cubiertos por esparadrapo como cuando fuera asaltada su buhardilla.

Victoria vacilaba al caminar, no sabía por dónde la llevaban. Había oído la voz de Dean Norton y aquello la tranquilizó un tanto. Tenía miedo, mucho miedo a ser brutalmente asesinada como lo había sido Alice para que luego su cadáver apareciera desnudo flotando en el Támesis.

Tropezó y casi cayó, pero lord Green Wood, que la sujetaba con la zurda, tiró de ella mientras con la diestra le encañonaba con un revólver.

—Vamos, camina, estúpida, si no quieres que te mate aquí mismo.

Victoria deseaba gritar, pero no podía. Sus labios permanecían unidos, pegados por la tela adhesiva.

Al fin, lord Green Wood y Dean Norton quedaron frente a frente.

—Veo que ha entendido bien mis palabras, lord. Al parecer el trato le convenía.

—La llave —exigió terminante.

—Ah, claro, la llave.

—Ése ha sido el trato —casi rugió—. Si no me la da, la mato a ella, se lo prometo.

—La llave la tiene Victoria, lord Green Wood. Ya ve las paradojas del destino; usted tenía en su mano a Victoria y también a la llave.

—¿Cómo? —Gruñó, anonadado.

—Ella tiene que llevar las llaves encima.

Nervioso, soltó a la joven de una mano para palparla con la otra, pero en aquel instante recibió una patada en la mano armada y la pistola saltó por el aire.

—¡Maldito seas!

Dean se lanzó contra lord Green Wood, derribándolo al tiempo que exclamaba:

—¡Enciendan la luz!

A través de un pequeño emisor que llevaba encima, su voz fue transmitida a un coche de la policía que aguardaba sus instrucciones.

Los focos de la pista se encendieron de inmediato y la figura de un hombre apareció corriendo, pistola en mano. Era Frank, que corría hacia ellos, pero desde las bandas del club hípico le ordenaron:

—¡Deténgase, alto o disparamos!

—¡Al suelo, Victoria! —le gritó Dean.

La joven rubia se dejó caer notando la sensación agradable de la hierba fresca mientras sus ojos y su boca seguían sellados por la tela adhesiva.

Frank, acorralado, se revolvió disparando su arma, pero fue abatido a balazos y se retorció sobre la hierba.

Un grupo de agentes, uniformados y de paisano, corrieron hacia donde luchaba Dean Norton, que terminó sujetando con una presa de judo a lord Green Wood que quedó boca arriba.

El mayor Egan, de Scotland Yard, recogió a Victoria y le destapó los ojos y la boca mientras un policía se apresuraba a soltarle las manos.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Sí, sí... ¡Dean, Dean!

El americano, que seguía sujetando al hombre que acababa de capturar, gruñó:

—Está usted demasiado fuerte para lo viejo que es, lord Green Wood.

Los policías les rodearon, y Dean, soltando una mano, le hundió por debajo de la oreja de lord Green Wood. Tiró de ella, arracándole la careta y la peluca a un tiempo.

—Tenía usted razón, Norton. Desgraciadamente es el teniente Hubbard —admitió el mayor Egan.

—Lo siento, teniente. Cometió algunos errores. Por ejemplo, emplear a la propia policía para hacerme seguir; mandar asesinar a George después de que yo le dijera que había hablado de más, y por si faltara poco... ¡Victoria!

—Sí, Dean.

—Saca tu llavero y muéstrale la llave setenta y siete.

Victoria obedeció delante de todos mientras el teniente Hubbard era esposado.

—Aquí está.

—Ya ve, la tenía en su mano, pero tampoco usted suponía dónde podía haber escondido Alice lo que utilizaba para chantajearle. Admito que yo tampoco lo sabía hasta que vi una llave de George muy parecida y recordé que a las chicas que utilizaba para sus negocios de prostitución solía traerlas a este club. Si él, en el vestuario masculino, tenía el número 57, era lógico pensar que Alice tendría el 77. Se me ocurrió buscar en dicho armario. Admito que lo violenté, pero como pertenecía a una muerta, no habría de tener problemas posteriores. Dentro encontré una carta con la confesión de Alice Tailford y una cinta magnetofónica en la que había grabado las primeras entrevistas sostenidas con usted, teniente Hubbard.

»Alice fue una belleza preferida del verdadero lord Green Wood, pero en secreto, siempre manejando el asunto el astuto George. Usted, Hubbard, tuvo una pelea con su tío, quien quería desheredarle por su desmesurada ambición, y le mató. Ya le explicará al juez si fue en un rapto de locura o no. Luego se le ocurrió que, puesto que era el heredero y conocía todas las costumbres de lord Green Wood, sólo tenía que hacer una mascarilla y una peluca, y puesto que ya se parecían físicamente, ocuparía su puesto hasta el día en que decidiera eliminarlo oficialmente y pasar a ocupar su lugar con su auténtica personalidad.

»Pero Alice se le acercó, y como usted no conocía las costumbres

sucias de su tío, ella le descubrió, aunque le aseguró que lo callaría todo. Terminaron en la sombrerería. Por lo visto, ella sabía mucho del edificio y mezclando drogas en su bebida, pues así lo confiesa en su carta, consiguió embriagarle y hacerle hablar. Luego le dejó y a la entrevista siguiente comenzó el chantaje.

Por lo visto, usted se irritó mucho, la insultó y debió de pasar a los hechos. Alice cogió miedo y colocó la llave de su secreto en el llavero de su amiga Victoria mientras ésta dormía. Cuando iba a cobrar el dinero del chantaje la asesinó, pero ella ya le había dicho que tenía una cinta grabada y una confesión y usted comenzó a buscarla. Para ello utilizó a dos sicarios a los que no reveló su verdadera personalidad, pero al fin ha caído. No le ha servido de nada ser teniente de Scotland Yard, todo su juego ha quedado al descubierto. Ahora tendrá que confesar dónde enterró a su tío.

—¡Te odio, yanqui, te odio, maldito yanqui! ¡Maldito seas, maldita tu madre! —Siguió insultando Hubbard, fuera de sí y perdida toda su compostura.

Era obvio que su mente era la de un sádico capaz de los peores delitos.

Mientras se lo llevaban, casi arrastrándole por entre la hierba de la pista hípica iluminada por los focos, el mayor Egan estrechó la mano de Norton y dijo sinceramente:

—Gracias, y estas gracias también las transmitirá oficialmente Scotland Yard a su Embajada. Ha sido una gran labor la suya. Jamás hubiéramos sospechado que el asesino fuera el propio teniente encargado de investigar el caso.

—Nunca se sabe, mayor. Usted, mejor que nadie, sabrá que la paradoja más grande cabe en los archivos de Scotland Yard.

Dean cogió por el hombro a la todavía asustada Victoria. La estrechó contra sí y dijo:

—Ahora tendrás que comenzar a olvidar. Has estado en manos de un peligroso asesino, pero has conseguido escapar con vida. En adelante, si compartes tu buhardilla con otra chica, será mejor que te informes realmente del trabajo que hace.

—¿Qué te parece si compartiera tu apartamento? Sería más seguro para ambos, ¿no crees?

—Por mí, de acuerdo, pero con una condición.

Ella, quieta frente a él, preguntó:

—¿Cuál?

—Que no pagaremos a medias. Yo me haré cargo de la renta, y si me trasladan a otra Embajada, tú me seguirás siempre como la señora Norton.

—De acuerdo, Dean, de acuerdo.

Dean sacó de su bolsillo un pequeño transmisor y dijo:

—Apaguen la luz.

De inmediato, los focos del club hípico se apagaron. Dean arrojó lejos de sí el pequeño artefacto electrónico para emplear las manos en estrechar a Victoria mientras la besaba sabiamente.

FIN



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio.

Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudet o Silver Kane.

Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir.

La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos solo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués.

Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas.

Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olympic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror.

Una de sus novelas del oeste, *Cinco mil dólares de recompensa*, fue llevada al cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein.

Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas.

Notas

[1] Droga afrodisíaca de baja calidad. < <